

CRISTIANDAD

Año XXVII - N.º 472

BARCELONA

JUNIO 1970

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

EL CORAZON DE JESUS, SALVACION PARA NUESTRO TIEMPO
J. M. P. S.

EL CORAZÓN DE JESÚS Y SAN JUAN DE AVILA
Laureano Castán Lacoma
Obispo de Sigüenza-Guadalajara

POR ESTE, SI
Juan Roig Gironella, S. I.

EL UNICO CAMINO
Francisco de Gomis Casas

MARTIRES DEL CORAZON DE JESUS

TRIUNFALISMO
Francisco Segarra, S. I.

LA FE EN LAS BIENAVENTURANZAS
Roberto Cayuela, S. I.

SOLETAT
Sor M.ª Asunta Fons
Sanjuanista

EN LA ESCUELA DEL P. ORLANDIS "OBSERVAMOS UN FENOMENO DE TIMIDEZ Y MIEDO"
Un Discipulo

AL MEDIO SIGLO-ITALIA: ETERNO CORAZÓN DE EUROPA Y MEDIOCRIDAD ETERNA - XXII
Luis Creus Vidal

¿QUIÉN MANDA EN CASA?
Severiano del Páramo, S. I.

ADMINISTRACIÓN: Princesa, 21-(3)
Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

EL CORAZON DE JESUS, SALVACION PARA NUESTRO TIEMPO

Cuando una ola de total frialdad espiritual amenaza con anegar los campos, antaño más florecientes y fecundos, de tantas almas individuales y de las obras apostólicas más arraigadas, nada más oportuno — con una oportunidad tanto más sobrenatural cuanto menos comprendida y menos aún divulgada — que el reiterado aviso y llamada a las conciencias individuales y colectivas de la necesidad apremiante e insoslayable de la devoción al Corazón de Jesús y el inseparable correlato de su Soberanía social.

Casi calificaríamos de inútil, en esta ocasión, la reseña de los "bienes perdidos" que, tras años de auténtica confusión general en el orden espiritual y social, ha engendrado, a un tiempo, el desaliento y la desconfianza en los más de los espíritus cristianos que no ha mucho cifraban sus esperanzas y agotaban su celo, en y tras multitud de movimientos, siempre supuestamente "puestos al día". Quedan todavía — ¿quién puede negarlo? — optimismos pseudo-cristianos en el seno mismo de la Iglesia, tanto más optimistas cuanto menos cristianos y tanto más esterilizadores cuanto más alejados del núcleo esencial del misterio mismo de salvación con que Dios, también en esta hora, quiere manifestarse insistentemente a los hombres.

Cuando Pío XI calificó a la devoción al Corazón de Jesús de "síntesis de toda la religión" juzgó en sus verdaderos términos el contenido de "la devoción por excelencia". El ideal de síntesis a que aspira hoy la humanidad no puede estar más que en algo más íntimo que lo más interior de cada hombre y más allá de lo más superior a él, recordando — en esta ocasión más que nunca — la inspirada frase de San Agustín.

Digámoslo sencillamente pero con claridad: sólo la devoción al Corazón amoroso y omnipotente de Jesús puede ser el punto de arranque de una auténtica renovación cristiana de las conciencias extraviadas y la meta e ideal supremos para todas las empresas colectivas que pueden, y deben en nuestros tiempos, entusiasmar a las almas nobles.

La devoción al Corazón de Jesús no es más que la explicitación de la verdad más central de la religión cristiana: la encarnación del Hijo de Dios. De ahí que su aceptación, olvido o rechazo, vaya pareja con la suerte que la religión misma reciba en el ánimo de los cristianos. El culto a la Humanidad de Cristo, sintetizada en su Corazón, viene directamente a reavivar en nosotros la verdad fundamental de que Dios se ha hecho Hombre y para hacernos sentir que tal acto de magnanimidad sólo es concebible por su inmenso amor. La Redención se operó, para nuestra salvación, en forma cruenta, porque Dios quiso que así fuera, y en el Cuerpo del Salvador se operó aquella tortura, que, según la profecía de Isaías, había de desfigurarlo por completo:

**No hay en Él hermosura ni elegancia,
le miramos y no le hallamos ni belleza ni atractivo;
despreciado y postergado ante los hombres
varón de penas y que sabe de dolor;
porque de nosotros su rostro ocultaba
fue ultrajado y en nada le tuvimos.**

(Is. cap. 53 ver. 2-3)

Y mientras “muchos se espantan ante el destrozo de su rostro” (Is. 52, 14), Él se constituye en dador de todo verdadero bien para los que le invocan: “Cuerpo de Cristo, sálvame”; “Sangre de Cristo, embriágame”; “Agua del Costado de Cristo, lávame”; “Pasión de Cristo, con-fórtame”; “Dentro de tus llagas, escóndeme”, según las deprecaciones que gustaba de rezar San Ignacio de Loyola, y que deben ser consideradas como precursoras de la mejor devoción al Cuerpo maltratado del Señor, fuente de toda salud espiritual.

Por una paradójica — pero nítidamente evangélica — vocación, la llamada a la salvación, y aún a la perfección y a la santidad, no ha sido hecha más que a los pobres, a los angustiados y a los pecadores. A los que, fracasados en el orden material, social y espiritual, no confían en sus propios esfuerzos sino que se abandonan en los brazos misericordiosos de Aquel que puede aliviarles y transformarles. Éste es el punto más central de la devoción al Corazón de Jesús y que hizo escribir a Santa Margarita María Alacoque, acerca de quiénes y de qué modo se servirá el divino Corazón para establecer su Reinado, estas palabras:

«Debo deciros que algunas veces me he quejado a Él porque no emplea personas de autoridad y de ciencia que hubieran podido adelantar mucho (la devoción de su Divino Corazón) con su influencia. Y me parece que me ha dado a entender que para esto nada le sirve el poder humano porque la devoción y el Reinado de este Sagrado Corazón no se establecerán sino por medio de personas pobres y despreciadas y entre contradicciones, a fin de que no se atribuya nada al poder humano. Y que, a pesar de todas las oposiciones y contradicciones que en contra de esto pudieran levantarse reinará y se manifestará, y hará que le amen aún los mismos que se opusieron a ello».

(Carta CXI. A la M. de Saimaise Dijón. *Vida y obras de Sta. Margarita María de Alacoque* del P. J. M. Sáenz de Tejada, S. J.)

El Beato P. Claudio de la Colombiere, director espiritual de Santa Margarita, fue, por antonomasia, el propagador de la confianza en Dios para que “nuestra flaqueza triunfe de los más espantosos enemigos”. Reproducimos aquí un fragmento de su *Acto de confianza en Dios*, cuyo carácter radicalmente cristocéntrico con una

radicalidad que a muchos escandalizaría, se convierte de nuevo, en nuestros angustiosos tiempos, en disyuntiva necesaria para mantenerse firme “en los riesgos más inminentes”:

«Esperen unos la dicha de sus riquezas o de su lento; descansen otros en la inocencia de su vida, o en la aspereza de su penitencia, o en la multitud de sus buenas obras, o en el fervor de sus oraciones; en cuanto a mí, Señor, toda mi confianza se funda en mi misma confianza: Porque Tú, oh, Señor, has asegurado de una manera muy singular mi esperanza. Confianza semejante nunca salió fallida a nadie: Ninguna que confió en el Señor quedó burlado. Así que seguro estoy de ser eternamente bienaventurado porque espero en Ti serlo firmemente y porque eres Tú, Dios mío, de quien lo espero.»

Los grandes precursores de la devoción al Corazón de Jesús sintieron, por inspiración divina, la necesidad de proclamar la confianza en Dios tanto en orden a su propia salvación como para alcanzar los más fecundos resultados en su acción apostólica. Tal era la actitud del P. Ramière fundador de la más grande obra apostólica de todos los tiempos:

«... como auxiliares de Dios, como miembros vivientes de *Jesucristo*, como hijos de la Iglesia, tenemos dos seguridades igualmente consoladoras e igualmente infalibles: estamos seguros, en principio, de que todos nuestros esfuerzos serán coronados por el éxito; en segundo lugar, que nuestro éxito no será nunca completo hasta que nuestros esfuerzos hayan llegado, en apariencia, a la más completa derrota.

»Nosotros tenemos siempre asegurado el éxito: pues hacemos la obra de Dios; y no hay poder en el mundo que pueda entorpecer la obra del Todopoderoso.» (*El Reinado social del Corazón de Jesús*, p. 526.)

CRISTIANDAD, cuyo lema visible e invisible, no es otro que el propagar el ideal del Reino de Cristo mediante la devoción a su Sagrado Corazón, tiene recogidos en sus páginas, desde el principio, este pensamiento fundamental. En el año del cincuentenario de la Consagración de España al Sagrado Corazón, nuestra voz no puede ser más que la de quien se suma al eco, hoy tal vez débil, de los que sienten la urgente necesidad de ensayar, en medio y a la vista de tantos fracasos humanos, la fórmula que el mismo Jesús quiso comunicar a unas almas escogidas y cuya influencia en el destino de la Iglesia ha sido más grande de lo que una superficial “encuesta” podría revelar, y cuya voz, en un futuro inmediato, debe hacerse sentir más y más cada día porque es la misma palabra de Dios.

J.M.P.S.

EL CORAZON DE JESUS Y SAN JUAN DE AVILA

Uno de los aspectos más interesantes de la polifacética figura del Apóstol de Andalucía es la de haber sido un gran precursor de Sta. Margarita María de Alacoque en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Juan de Ávila, en multitud de pasajes de sus sermones, de sus cartas y sobre todo de su obra maestra, el "Audi filia", nos exhorta a realizar ese esfuerzo ascético. Al tratar de la pasión de Cristo, dice a sus lectores: "Ne debéis parar en mirar e imitar lo que de fuera padece", sino que debéis entrar "en su Corazón, para mirarlo y para imitarlo. Y porque la entrada fuese más manifiesta, permitió Él que, después de muerto... fuese abierto su corazón sagrado, para que como puerta abierta y llena de tanta admiración, los hombres se moviesen a entrar por ella... a mirar las hermosuras que contiene dentro de sí". (Cap. 78.) Y ¿qué es lo que principalmente hallaremos al penetrar en el Corazón del Dios humanado? El Beato Maestro responde luego: "Inefables secretos de amor y dolor". (C. 80.)

Cristo ama a todos los hombres. Si los sacerdotes del Testamento antiguo llevaban "escritos los nombres de los doce hijos de Israel sobre sus hombros" Cristo paciente nos lleva a todos los hombres interiormente "escritos en su Corazón" (C. 78).

Ese amor de Cristo es "tan extendido para con todos que del centro de su corazón" ve Ávila salir "resplandecientes y poderosos rayos de amor a parar a cada uno de los hombres pasados, presentes y por venir" (c. 78).

Poco a poco va dibujando el Apóstol de Andalucía una imagen del Corazón de Cristo que es casi idéntica a la que contemplaría más tarde la vidente de Paray le Monial.

Hemos visto ese Corazón de Cristo, sede y símbolo de su amor, abierto por la lanzada y rodeado de resplandores de fuego divino. En la segunda plática a los clérigos de Córdoba completa la imagen presentando el Corazón de Cristo rodeado de dolores y espinas, al aconsejar a los sacerdotes que pidan al Señor "semejanza de aquel espíritu" que tenía Cristo en la Cruz, y "par-tete de aquel Corazón tan espinado".

Además de la consideración y de la imitación del amor de Cristo, la devoción a su Corazón sagrado exige otras dos cosas: la COMPASIÓN y la REPARACIÓN. Una y otra son enseñadas por Juan de Ávila.

Al considerar la pasión de Jesús, no sólo hay que mirar sus dolores externos, sino sobre todos los interio-

res y "especialmente su amoroso y compasivo Corazón, del cual todo lo otro procede" y luego hay que esforzarse en "compadecerse de todo lo que le pasa al Señor".

Esta compasión, sobre todo cuando se ejercita sobre la mala correspondencia de los cristianos al amor de Cristo en la Eucaristía, y a las ofensas que en ella le infieren, debe desembocar en la REPARACIÓN. Por eso exhorta en uno de sus sermones eucarísticos al cristiano devoto de esta manera: "Suplícale con gemidos que salgan de tus entrañas, que te perdone a ti y a ellos las faltas que se han cometido en el tratamiento y veneración de la divina persona que en el Sacramento está".

No es de extrañar que, quien tan hondamente había calado en la compasión y reparación en relación con el Corazón de Cristo, practicara y aconsejara un medio concreto, que es dedicar en la noche del jueves al viernes un tiempo lo más largo posible al ejercicio de la oración compasiva y reparadora, práctica que luego se ha llamado "hora santa". "Gran vergüenza es para un cristiano no diferenciar aquella noche de otras", dice en el "Audi filia".

El ardor de Juan de Ávila le lleva a expresar con hermosas metáforas la mística realidad que encierra el Corazón de Cristo.

En un sermón eucarístico le llama "bodega de vino", en el cual exhorta a que entren las almas devotas. Un poco más adelante, en ese mismo sermón, dice hablando con el Señor: "Enseñanos ese horno de tu corazón de ardentísimo amor". Con esta imagen se anticipa a la advocación que más tarde figuraría en las letanías al Sdo. Corazón de Jesús, donde se le llama "horno ardiente de caridad". En un pasaje del "Audi filia" invita al cristiano a entrar en el "Sancta Sanctorum" del templo del Señor, prosiguiendo luego: "Y si preguntáis cuál sea éste, digoos que el Corazón de Cristo nuestro Señor, verdadero Santo de los santos". Es la misma idea que expresan las letanías cuando se invoca al Corazón de Cristo como "templo santo de Dios" o "tabernáculo del Altísimo".

Ante testimonios como los que preceden, que podrían multiplicarse sin esfuerzo, no se puede negar que el Apóstol de Andalucía fue un heraldo de la devoción al Sdo. Corazón, que posteriormente se generalizó en la Iglesia por medio de Sta. Margarita María, principalmente.

LAUREANO CASTÁN LACOMA
Obispo de Sigüenza-Guadalajara

POR ESTE, SÍ

(Alocución pronunciada en el
Templo expiatorio del Tibidabo,
Barcelona, el 24-V-1970.)

I. En una isla del Pacífico

En el océano Pacífico hay una pequeña isla perdida en un rincón del mapa, que podría llamarse la isla del dolor. Allí están reunidos, podría decirse confinados, los enfermos de una de las más terribles enfermedades: la lepra. Hoy día, muchos leprosos curan; otros, por lo menos detienen el avance del mal. Pero hace unos decenios una lepra en estado avanzado era incurable. El enfermo tenía que resignarse a morir, después de haber visto cómo se iba pudriendo su cuerpo poco a poco.

Sucedió un día que un multimillonario norteamericano visitó la isla del dolor para conocer de cerca lo que se decía de ella. Al terminar su visita estaba tan impresionado, que dijo a una de las religiosas que vivían allí para cuidar a los leprosos: "Yo no me quedaría aquí ni porque me diesen un sueldo de un millón de dólares". A lo cual replicó la religiosa: "Yo tampoco". Levantando entonces el crucifijo que pendía de un cordón sobre su pecho, se lo mostró añadiendo: "¡Ah! ¡Pero por Éste, sí!"

¿Qué era lo que movía a aquella joven mujer, a quien no hubiera movido un sueldo de un millón de dólares, a enterrarse por vida en la isla del dolor, curando llagas, oyendo quejidos, confortando aflicciones? Lo que expresa una sola frase: "¡Por Éste, sí!"

¿Por qué razón? ¿Por qué dijo que por Éste, sí?

La respuesta es una sola: "Él me ha amado". Ésta era exactamente la respuesta que ya veinte siglos atrás daba el Apóstol del amor, aquel que tuvo su cabeza reclinada en el pecho de Jesús, San Juan, cuando escribía a sus cristianos: "Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros" (I Juan, 4, 11). Y añadía: "Nosotros amemos, porque Él nos amó primero" (Ibid., 4, 19).

No es la mera filantropía laica de cualquier hombre bien nacido, ante sus semejantes. No tiene nada que ver con lo que el pobre mundo de hoy llama "amor" en los carteles de cine y películas de televisión: esto no es verdadero amor, esto es mera concupiscencia, es decir, mero egoísmo, que es precisamente la antítesis del amor más alto.

Una pobre mujer que huyendo del fuego de la guerra en Indochina, atravesaba un torrente tocando con los pies en el suelo para que no la arrastrara la corriente, avanzaba con la cabeza sumergida en el agua, tenía levantados sus brazos encima del nivel del torrente y en ellos sostenía a su hijito. Así llegó a la orilla opuesta y dejó en salvo a su hijo, mientras ella caía des-

fallecida y medio ahogada. Ésta sí, ésta tenía puro amor, la quintaesencia del amor. El amor de quien tiene su bien en hacer el bien del amado. Su sacrificio propio le era dulce, porque su bien consistía en buscar el bien de aquel a quien amaba.

En un orden más alto de cosas, el sobrenatural, aquella monjita que levantaba el crucifijo pendiente sobre su pecho mientras decía: "¡Pero por Éste, sí!", también vivía de esta suprema realidad. "Ipse prior dilexit nos", "Él nos amó primero". Ahí está en la cruz: "En esto consiste el amor. No en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados. Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros" (I Juan, 4, 10-11).

II. En medio de un mundo sin entrañas de amor

Pasemos los ojos por el mundo que nos rodea. ¿Qué es lo que predomina en la superficie? ¿Tiene un Gran Amor, digno plenamente del anhelo sin límites del corazón humano? Y si no lo tiene, ¿por qué nos sorprenden tantos contestatarios, tantos inquietos, tantos violentos que responden al mal con mal, y que piensan arreglarlo todo con revueltas y odios?, ¿por qué nos sorprende que en sociedades superdesarrolladas con toda clase de bienes materiales haya más suicidios que nunca?

La respuesta ya la dio el Concilio Vaticano II en 1965 cuando hablando de *La Iglesia en el mundo de hoy* pronunció estas palabras: "En realidad de verdad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el *corazón humano*" (Gaudium et spes, n. 10). "¿Qué es el hombre? — prosigue diciendo el Vaticano II — ¿cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal? Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación" (Ibid., n. 10).

Ésta es la respuesta que da al hombre su luz y su fuerza: es preciso que sufras como sufrió por ti Aquel que primero te amó y que ahora te llama desde lo alto, desde donde unos años de aquí son vistos como un se-

gundo ante la eternidad, que es larga, larga, muy larga. Él te amó primero y dándote la luz de una respuesta y la fuerza del amor, extendió sus brazos en cruz para abrazarte: ¿qué contestas tú?

Lo que contestó aquella monjita de la isla del dolor; lo que han contestado como ella, innumerables hombres que han dicho: “¡Ah! ¡Por Éste, sí!”

Pues éste es cabalmente el significado de lo que llamamos, sin darnos quizá a veces cuenta de lo que decimos, “devoción al Corazón de Jesús”.

Ante tus ojos extiende Él, Dios hecho hermano tuyo por amor, los brazos de quien muere con las angustias del crucificado. Él se queda en la Eucaristía, tan cerca, aparentemente anonadado, como aquella mujer sumergida en el torrente de Indochina mientras levantaba a su hijito en alto. Y por si fueran poco estas pruebas de amor, ahí tienes el símbolo del amor, el corazón: tómalo, quiero que lo dibujes sobre mi pecho, para que creas que te amo: ¿no te basta aún?

El culto al Amor que nos tiene Jesucristo en su naturaleza humana y en la divina, para corresponderle como se corresponde al amor con amor, esto es en definitiva la devoción al Corazón de Jesús. No mera devoción particular, sino “totius religionis compendium”, “compendio de toda la religión”, como dijo Pío XI en su Encíclica *Miserentissimus Redemptor* y lo repitió Pío XII en la suya *Haurietis aquas*.

Por la razón de que Dios es infinitamente grande, infinitamente digno de que le reconozcamos y amemos, ya no sería Dios si no nos pidiese el reconocimiento libre, antes de darnos en consecuencia el premio de la posesión del Bien Infinito a que el ser libre aspira a través de todos los bienes ofrecidos.

Pero amar es preferir, anteponer el amado, a todo lo demás; luego posponerle lo otro; es decir, sacrificárselo, para amarlo sólo en cuanto conduzca al preferido y amado sobre todo. Sacrificárselo, luego sacrificio. Sin sacrificio no hay en el hombre amor. El sufrimiento del Hijo de Dios hecho hombre, da a Dios Padre esta glorificación infinita. Así pagó el precio del perdón que no podíamos alcanzar con nuestras fuerzas: es por amor, Redentor. Pero también así nos enseñó cuál es el sentido de la vida y cuál el camino del amor: es por su sacrificio. Maestro. Así nos fortaleció para la prosecución de esta divina empresa: nos dio la fuerza: “Porque primero Él te ha amado”.

III. Pero libremente

Pero libremente. Si Él te forzase quitando tu libre decisión, ¿dónde estaría tu mérito? Puedes decir “sí”, y puedes decir “no”, como aquella mujer de Indochina podía dejar a su hijo a merced de las olas y salvar fácilmente su propia vida; o por el contrario podía poner en peligro su vida por salvarle a él. Esto es amar.

¿Puedes decir “sí” y puedes decir “no”? ¿Qué sucederá entonces? Que algunos elegirán lo primero con

un gran “sí”; y otros elegirán lo segundo y dirán “no”.

No será el fuego de las bombas y metrallas de Indochina, ni será la repugnancia ante unos cuerpos malolientes y putrefactos de la isla de Culión: serán todas las concupiscencias ante las cuales puedes elegir entre el sacrificio de someter su uso a la ley divina por amor — y entonces antepones a Dios a una falsa promesa de felicidad — o anteponer tu bien presente, independientemente de Él — forjándote un paraíso falso — pero has de elegir: ¿qué eliges, qué prefieres? “Él te ha puesto delante fuego y agua — nos dice Dios en el libro del Eclesiástico, 16, 16-17 — adonde quieras puedes llevar tu mano. Ante los hombres la vida está y la muerte; lo que prefiera cada cual, se le dará.”

“Fecerunt itaque civitates duas amores duo; terrenam scilicet amor sui usque ad contemptum Dei, caelestem vero amor Dei usque ad contemptum sui”, nos dice San Agustín (*De Civ. Dei*, 14, 28; PL 41, 436). Dos amores construyeron dos ciudades: construyó la ciudad terrena el amor a sí llevado hasta el menosprecio de Dios; construyó la celeste en cambio, el amor de Dios llevado hasta el menosprecio de sí”.

Aquí está la paradoja del cristianismo: aquel que parece no amarse porque antepone a Dios, se ama bien, porque lo hallará todo en Dios; quien parece amarse, porque se antepone a Dios, se ama mal, porque consigo mismo lo perderá todo. “Qui male amat se, odit se; qui bene odit se, amat se”, podríamos decir recordando una idea de San Agustín. Quien se ama mal, se odia; quien se odia bien, se ama. Ante tus ojos extiende la vida lo uno y lo otro: elige, escoge, y tendrás exactamente lo que hayas elegido.

¿Por qué, pues, sorprenderte y escandalizarte de que haya a tu alrededor quienes contesten que no? Deja que el dueño de la mies deje crecer juntamente la cizaña con el trigo: si segase ahora la cizaña, también segaría el trigo. Si Dios interviniese con un milagro ante cada pecado, ante cada peligro, ¿dónde estaría tu merecimiento? No: “Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega. Y al tiempo de la siega, diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo recogedlo en mi granero” (Mat. 13, 30).

¿Qué hay que hacer entretanto? Mientras esperas la siega, ¿has de quedarte a la vera del campo lloriqueando, descorazonándote, escandalizándote? ¿Por qué? ¿No sabes ya la razón por la que el Señor de la mies deja crecer juntos la cizaña y el trigo, si ya te lo ha dicho?

Escandalizarte por el mal no sería la respuesta buena. La respuesta acertada es reafirmarte en tu decisión. Que la vista del mal reafirme tu decisión por el bien. Que la presencia del que abandona la fe para no tener en su interior un acusador perenne de sus malas obras, te sirva para reafirmarla buscando los atisbos de luz. Que el espectáculo de que haya tantos que extienden su mano al fuego, robustezca tu decisión de recoger con el hueco de tu mano, el agua que calmará tu sed.

A la vista de tanto mal, tanto escándalo, tanta frialdad como hay en el mundo, tanta claudicación y trai-

ción que se visten de los más engañosos pretextos y palabras, queremos reafirmar profundamente y en público, nuestra decisión de corresponder con amor al amor con que Dios nos ha amado.

Dedicar algo a Dios en exclusiva, sin alternancias profanas, esto es consagrarle algo, como le consagramos un cáliz porque lo dedicamos a él fuera de usos profanos. Esto es cabalmente la consagración de uno mismo al Corazón de Jesús.

IV. Una Vida nueva

El 30 de mayo de 1919 en el Cerro de los Ángeles, España, por boca de su rey, se consagró al Corazón de Jesús. Aquel monumento fue destruido por la dinamita en horas tristes: aquella imagen fue tiroteada; pero, quedó intacta ante las balas y bajo la explosión de la dinamita, precisamente la piedra en que estaba esculpido el Corazón. Sobre todo quedó intacto en el pecho de muchísimos españoles aquel recuerdo y aquella obligación santa, entonces contraída.

Nuestro Episcopado decidió renovar aquella consagración al cumplirse los cincuenta años. El monumento renació: la imagen del Salvador, reapareció; aquel Corazón que nos ama, volvió a quedar esculpido en la piedra, como lo estaba en el corazón de carne de nuestros hombres: el solemne acto de consagración, se repitió el 31 de mayo de 1969 por boca de nuestro Jefe de Estado.

Quedaba abierto entonces el año del Corazón de Jesús, que estos días estamos clausurando. Todos cuantos desean devolver al Señor amor por amor y manifestarlo públicamente, están citados y vosotros habéis dicho que sí a este llamamiento. Éste es el sentido del acto que hoy nos congrega aquí.

Son de Pablo VI aquellas hermosas palabras con que el 14 de junio de 1966 se dirigía a los Padres del Sagrado Corazón y les decía: "El amor y la reparación son dos características de todos los tiempos, y hoy, no dudamos en decirlo, son más actuales que nunca..." "Hemos creído nuestro deber recordar [en varias ocasiones] la actualidad y urgencia de esta devoción en la Iglesia, y la *necesidad* de no dejarla debilitar en el alma de los fieles". Amor y reparación. Actualidad y urgencia. Necesidad de no permitir que se debilite en nosotros esta devoción.

En otra ocasión, el 17 de noviembre de 1966, dirigiéndose Pablo VI a los padres jesuitas, dijo: "El culto que promovéis del Sagrado Corazón, ¿no ha de ser todavía para vosotros *el instrumento más eficaz* para contribuir a la renovación de las almas y de las costumbres del mundo entero, que el Concilio Vaticano II exige, y para cumplir provechosamente la misión que os encargamos de *contrarrestar el ateísmo actual*?" El instrumento más eficaz para renovar el mundo, para contrarrestar el ateísmo actual. No nos podía hablar más claramente Dios, por boca de su representante.

¿Cómo lo haremos, pues, para que sea una realidad

viviente en nosotros esta Vida nueva de amor al Corazón de Jesús, que profesamos querer vivir al pronunciar nuestra Consagración a Él?

V. Obras son amores

Compendiémoslo todo en tres palabras: oración, caridad, penitencia.

Oración. Quién se siente pobre o necesitado no ha menester instrucciones para saber qué ha de hacer ante quien puede remediar su situación. Quien tiene en sí la virtud fundamental, que es la humildad, sabe pedir, porque sabe que está necesitado. No es preciso que le expliquemos por qué ha de pedir y qué ha de hacer para pedir.

Ante el Sagrario, donde está el Señor presente por nuestro amor, oculto para que sea meritoria nuestra fe, levantemos las manos en alto con un gesto suplicante mientras se anega a nuestro alrededor un mundo materialista, con poca fe, con poco amor, aferrado a su egoísmo de lo presente, y por esto mismo desgarrado con inquietudes de protestas, con revoluciones y guerras. Oremos para que descendan las gracias que Dios ha vinculado a la oración. Por la Iglesia; por nuestro Santo Padre el Papa; por las almas especialmente consagradas, sacerdotes, religiosos y religiosas; por todas las obras de santificación y apostolado, para que no se desvíe su sublime misión con pretexto de ponerse al día, ni el maligno las entorpezca; oremos por tantos pecadores como ofenden a este Corazón que nos ama, para que se conviertan a Él; oremos por tantos como van cayendo paso a paso hacia el término donde ya queda fijada la voluntad mala del hombre para siempre, sin capacidad de pedir perdón; oremos por la conversión de Rusia; por los pobres ateos, para que el Señor les conceda abrir los ojos a la luz. Por nosotros mismos, ya que no tenemos fuerzas en nosotros mismos para la perseverancia final, si el Señor no nos ayudase con sus gracias: que nos las dé abundantes y nos haga sentir su presencia en lo íntimo del alma, de aquella manera a la cual nadie resiste. ¡Hay tanto que pedir y es tan eficaz la oración reiterada y humilde! No la oración altiva, soberbia, exigente, sino la súplica humilde, que reitera sin cesar la misma petición, siempre con la misma confianza.

Caridad fraterna. "Amicus, amico amicus" decían los antiguos. Quien es amigo de alguien, es amigo de su amigo. Si tenemos en nuestra alma este tesoro inapreciable que es la Amistad Divina, la gracia habitual, somos verdaderamente "amigos de Dios", estamos "en su amistad". Pero todos los hombres son tales que o bien está ya en su alma la amistad de Dios, o están llamados para que esté. Son interés de Dios, propiedad de Dios. Quien es verdaderamente gran Amigo de Dios, no puede dejar de amar a aquellos a quienes Él ama. No meras palabras, hechos, hechos hacen falta, como nos dice en su primera carta San Juan (3, 18): "Hijos míos, no ame-

mos de palabra ni de boca, sino con obras y según verdad”.

Ante todo la misericordia espiritual: para llevarlos a Dios. Pero también la misericordia corporal: para ayudarlos a todos en sus necesidades, por Dios.

Esta virtud de la caridad, está totalmente por encima de lo que muchas veces entienden nuestros hombres de hoy, que se llaman apóstoles. La caridad fraterna consiste en el amor a los otros “por Dios”, porque si no es “por Dios”, aunque sea una disposición a veces buena naturalmente hablando, no será virtud. La caridad tiene de toda ella, como nos dice Santo Tomás, a amar a nuestros hermanos, no precisamente porque sean agradables, merecedores de nuestra alabanza, ni porque nos puedan retribuir nuestro sacrificio, ni por razones políticas, sino “quia in eis Deus est”, porque en ellos “Dios está” por medio de su gracia. Y si no está, “ut sit”, para “que esté”.

¿Qué tiene que ver esta sublime caridad cristiana, con la disposición de quien para arreglar un mal, empieza con violencias, desobediencias, odios y enemistades? ¿Qué tiene que ver con la soberbia de quien con pretexto de amar a la Humanidad empieza desobedeciendo a la Iglesia de Jesucristo y es infiel a la Fe?

Pero también misericordia corporal como nos dice la Epístola de Santiago: “Si un hermano o una hermana no tienen vestidos con que cubrirse y carecen de sustento diario, y alguno de vosotros les dice: Idos en paz, calentaos y hartaos, pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta” (Sant. 2, 15-17).

La verdadera caridad va más allá que un mero socorrer momentáneamente a otro: se interesa por él; no sólo le ayuda, sino que le ayuda de tal modo — si puede llegar a esto — que en adelante ya no haya de ayudarle. Le ayuda empezando por la justicia, lo que se le debe, que la mera caridad no sirve para esquivar lo que de justicia es debido. Pero sin dureza, ni convulsiones, ni amarguras, ni odios, que nunca serán de Dios, procura que se haga la justicia; y después, todo aquello que va más allá de la justicia, lo completa y perfecciona la caridad.

La penitencia. ¿Qué palabra ésta, tan extraña ante un mundo que muchas veces no busca solamente el bienestar que es conveniente, sino el refinamiento; ni busca el bienestar conveniente como medio, nada más que como medio para desarrollar la persona humana dignamente a fin de que ascienda a Dios, sino que se aferra a lo de acá abajo, como si no hubiese un más allá eterno. Ante este pobre mundo suena mal la palabra penitencia. Y sin embargo, es necesaria: para adquirir fuerza con que cada uno pueda domar las propias pasiones; para obtener del Señor gracias; para merecer ante Él, pues la oración acompañada de la penitencia es más eficaz.

Penitencia para la eficacia de las obras de apostolado. “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto” (Juan, 12, 24). ¿Por qué tanta ineficacia en medio de tanto alarde de ciencia, de enseñanza, de trabajo manual de obrero, sino porque el grano de trigo no ha muerto? Se acomodaron muy bien en su trabajo San Juan Bosco, San Juan de Dios, San Vicente de Paúl, San Pedro Claver: pero la cosecha no fue de amargados, de revolucionarios, de meros amigos, sino de convertidos a Cristo, a quienes entonces se les daba también, la justicia y la caridad, que con violencia y naturalismo pagano no habrían alcanzado de Dios.

Un modo especialísimo de penitencia es aquella que llamamos reparación, muy propio de quien reconoce su devoción al Corazón de Jesús. ¿Qué hijo bien nacido hay, que si ve que un hermano suyo ofende y contrista a sus padres, no vaya a decirles que con su amor y con sus privaciones va a repararles el dolor sufrido? Cuánto más sean los que ofendan al Señor, tanto más numerosos hemos de ser los que le ofrezcamos nuestra penitencia.

Ante todo, la primera: no ofenderle, no pecar. Luego, aceptando por su amor todos los dolores, sufrimientos, luchas de la vida de cada día — cuando uno ya ha puesto de su parte aquellos remedios que son de recta razón y prudencia — por abrazar la voluntad de Dios. Y además ofreciendo por su amor tantas cosas en que el sacrificio es precisamente el acto de reconocimiento explícito de nuestra adoración y obediencia a Dios, como nos enseñó Jesucristo, nuestro Maestro, en su vida y Evangelio, que no son anticuados, son eternos.

Con estas tres prácticas sustanciales, a las que podemos añadir convenientemente otros actos de devoción muy buenos y meritorios, como es recibirle sacramentalmente con frecuencia, haremos que sea una realidad y no mera palabra nuestra consagración al Corazón de Jesús.

VI. Un sí eterno

Todos, querámoslo o no; tanto si pretendemos olvidarlo, como si tenerlo presente, tenemos señalado un día, que Dios conoce con absoluta exactitud, en el cual saldremos de esta isla oceánica que es el mundo, en que vivimos rodeados de lepra de muerte, peor que la lepra corporal, para lo que viene después de la muerte, que es una vida sin fin.

Cuando nos pregunte el Señor, para qué hemos estado aquí, que podamos contestar también como aquella religiosa: Señor, ni por una soldada de oro, ni por nada, pero ¡por Ti, sí!

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.

EL UNICO CAMINO

Palabras dirigidas por D. Francisco de Gomis Casas a la asamblea del Apostolado de la Oración el 24 de mayo de 1970, en el Tibidabo.

Después de haber recibido la invitación para tomar parte en un acto que es para mí fundamentalmente de veneración al Sagrado Corazón me he enterado de los oradores que iban a dirigiros la palabra.

Verdaderamente, cuando tan doctas personalidades van a exponeros la doctrina acerca de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y además todos ellos Ministros del Señor, lo cual para los aquí reunidos tiene una significación carismática y de apostolado viviente que todos reverenciamos, junto a estos oradores, digo, por tantos motivos eminentes y respetados, yo no voy a enunciaros cuál es la doctrina que hace hoy vigente como nunca la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; y no porque considere que es terreno prohibido para un laico después de la misión y la responsabilidad que ha proclamado a nuestro respecto el Concilio Vaticano II, sino porque en el presente caso no puedo hacer más que sumarme como devoto oyente a las profundas consideraciones que todos hemos oído.

Entonces, podéis pensar, ¿cuál va a ser la significación de la presencia de un laico en este acto? Al aceptar el honor de dirigiros la palabra lo he hecho consciente de la responsabilidad que nos atribuye a los laicos el Concilio Vaticano II; lo he hecho como un testimonio de laico: testimonio de adhesión a la jerarquía cuando se me sugiere hablar de un tema que es como la llama que impulsa perennemente la vida de la Iglesia; testimonio de público homenaje, como seglar, al Sagrado Corazón de Jesús; testimonio de humildad, para hablaros como simple cristiano, sin pretensión ninguna de ofreceros una lección magistral, testimonio en suma de lealtad a la Iglesia para colaborar en aquello que se nos pida.

Vivimos momentos de excepción. La Iglesia como el individuo necesita luchar constantemente contra las claudicaciones, las inercias y rutinas que son como polilla inevitable de toda obra humana. El hombre debe luchar constantemente contra ese movimiento de gravedad de su espíritu que le atrae hacia lo mezquino, y ello sólo lo consigue rompiendo de vez en cuando los hábitos y ataduras de los pequeños fetiches que nos ofrece la vida. Es un constante demoler todo egoísmo desbordado; y sólo con espíritu de sacrificio y de autonegación consigue el hombre superar la ley de gravedad de nuestras debilidades para nacer en Cristo como nos recordaba hermosamente el otro día nuestro queridísimo señor Arzobispo: nacer hacia lo sobrenatural, que es ley de amor, de renuncia y sacrificio mediante la adecuada ordenación de nuestra propia vida institucionalizándola si así pudiera decirse en los caminos de Dios.

Pues bien, otro tanto imagino yo que le ocurre a la Iglesia. Esa misma debilidad humana crea también en ella fetiches y estructuras muertas. Instituciones y belle-

zas que nacieron impulsadas por el amor, parece como si fácilmente el hombre se olvidase del amor que lleva aliento eterno para quedarse sólo contemplando entusiasmado lo que es accidental.

Para exponeros mi idea os contaré una pequeña vivencia que tuve durante una peregrinación del Año Santo en Roma. Yo siento el arte en lo más hondo de mi ser. Llevar el arte al culto es llevar al culto las más nobles creaciones del espíritu del hombre; es hacer reverencia a Dios con las mejores cualidades que nos ha dado y ofrendarlas todas en Su homenaje. Pues bien, en aquella ocasión contemplaba yo todas las bellezas de la Ciudad Santa y tan absorbido me sentía por ellas que no obstante mi deseo de vivir la significación sobrenatural de mi presencia en Roma me embriagaba especialmente toda aquella belleza. Esto es, pensé, como si después de que la Magdalena ofrendase el perfume al Señor (e hizo bien, nos dice Jesús) olvidásemos luego la presencia del Señor que había sido causa de aquella acción y quedásemos sólo pendientes y embriagados por el perfume. Algo de esto sucede con todas las instituciones humanas nacidas de un gran amor o de un gran aliento cuando pierden el espíritu que les dio vida. Así desaparecen los imperios y las costumbres, y se arruinan las artes más bellas. Pero la Iglesia no pasará. Las cosas muy bellas, las exquisitas creaciones del espíritu, si pierden el destino sobrenatural que las ha creado se convierten en objeto de simple humano contentamiento o de autobombo, a manera de un "bonzismo" de la razón, del arte de la sociología o de la lengua. Como es lógico, todas esas hipertrofias que se producen en la Iglesia están destinadas a desaparecer porque el núcleo de nuestra religión es sólo amor trascendente y no tienen la promesa de asistencia divina y perpetuidad otros amores menos sublimes.

Cuando se producen estos momentos de crisis parece como si todo vacilase porque los hombres nos servimos de determinadas formas para manifestar nuestros amores y adhesiones. El momento en que muchas de estas formas quiebran nos produce a veces perplejidad, a veces pasmo o dolor porque van asociadas en muchos casos a nobles y elevados sentimientos. Pero estos momentos de oscuridad Dios los permite. Son momentos de prueba, de turbación, a veces de escándalo y de aflicción que se han dado siempre en la historia. Los cátaros y los albigenses, o las cohortes luteranas no fueron más edificantes que nuestros actuales contestatarios. Son momentos en los que es preciso acudir a lo esencial como hicieron Domingo de Guzmán o Francisco de Asís, Teresa de Jesús o Juan de la Cruz o Ignacio de Loyola; y antes San Agustín y San Jerónimo y después el Cura de Ars y Teresa de Lissieux o Juan Bosco. Negación del

yo, espíritu de mortificación y de penitencia, y un dulce sumergirse en las fuentes inmensas e incomprensibles del amor de Dios. ¿Quién puede comprender la vida de un Santo? y, sin embargo, ¡qué garra, como ahora se dice, qué atractivo y dulzura y qué hermosísima belleza de sentimientos la de las almas santas!: sus diarios o memorias, sus poesías, sus soliloquios, su desconcertante grandeza y pequeñez, su subyugante y simple señoría y penetración sobre los más agudos problemas. Santa Teresa, de insondable profundidad, Doctora de la Iglesia (no obstante pertenecer a una época en la que la mujer no estaba oficialmente “promocionada” como ahora se dice); Santa Teresita de Lissieux, fragilísima niña en apariencia, pero en realidad de temple heroico, patrona hoy de las Misiones; un cura casi ignorante, pero de altísima sabiduría, San Juan Bautista Vianney, patrono del clero secular; como antaño simples pescadores se habían convertido en adalides victoriosos que cimbrearon y conmovieron un imperio corrompido. ¿De dónde esta fuerza? “Mi vocación es el amor”, “yo seré dentro de la Iglesia el amor” decía con audacia Teresa de Lissieux. Y ¡cuánto racionalista no se ha visto deslumbrado por esa nueva dimensión que es el amor! Pero ¿qué es el amor? Porque aquel gran poeta hace poco desaparecido, Paul Claudel, sentía una sequedad inmensa, y buscaba la luz de una fe que no encontraba; y de repente, un día que entró casualmente en Nôtre Dame, el eco de un “¡Dios mío!” pronunciado por un predicador, conmueve su alma que se inunda de fe, de emoción y de un sentimiento profundo que le sume durante varias horas en llanto en un rincón de aquella misma Iglesia; y esa luz misteriosa brillará ya luego siempre en toda la vida de Claudel. ¿Qué es el amor? ¿Por qué el militar disipado que fue Charles de Foucauld siente también este estremecimiento que cambia su vida en forma heroica y humanamente incomprensible? ¡Qué paz, qué fuerza y qué semilla en los escritos de los Santos! ¿Qué es el amor?: es evidentemente una gracia que transforma y que sublima. El más pecador puede ser tocado de esta gracia y transformarse en Santo. Y llevo aquí a través de esta reflexión meramente humana y de seglar, que vive la angustia de un momento y de unas esperanzas como todos vosotros, a la devoción que nos ha reunido en este Templo Expiatorio del Sagrado Corazón. Dios es amor. Cristo es amor, y sólo en Él puede realizarse esa renovación del hombre viejo y nacer de nuevo, no por la ley del mundo, sino por la del amor: no por la razón y la filosofía, sino por el anonadamiento, la entrega y la humildad.

Hoy se racionaliza todo en un análisis desintegrante y esterilizador. Parece como si el intelectualismo fuera la única facultad válida entre los hombres. Este intelectualismo ha penetrado incluso en la Teología, diseccionando lo sobrenatural. Algunos doctos razonadores opinan hoy que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús es una cosa meliflua y pasada de moda. ¿Por qué incluso los teólogos pueden ser hoy objeto de confusión? La explicación se halla sin duda en esa aguda observación de

Dietrich Von Hildebrand: “He hecho la luminosa observación — dice — de que antes del Concilio Tridentino la mayoría de los grandes Teólogos fueron Santos y místicos; mientras que después de Trento, la Teología y la mística se escindieron”.

El hombre no es sólo inteligencia. “El corazón tiene razones que la razón no entiende” dice Pascal. “Sentir conocimiento” nos refiere San Ignacio en sus ejercicios. El doctor Alexis Carrel, gran científico e investigador, premio Nobel a los 30 años, dice: “El espíritu es a un mismo tiempo inteligencia y sentimiento, razón y corazón, actividad lógica y actividad no lógica. Para adaptarnos a la realidad tenemos tanta necesidad del sentimiento como de la inteligencia”, ... “La inteligencia es un instrumento para simplificar, un útil para dirigir nuestra conducta. Pero no percibe la complejidad real de las cosas, no comprende la vida” ... “La inteligencia es como un escalpelo que disecciona el cuerpo vivo en partes muertas; divide a la realidad en sus aspectos, y la destruye al quererla analizar” ... “La intuición, el amor, aprehenden la realidad viva sin análisis intelectual”.

El verdadero talento para algo, nos dice Jaime Balmes, es su intuición, no su reflexión. No es la reflexión, sino la intuición, la fuente de todos los más sensacionales descubrimientos. No es la inteligencia, sino el amor, el determinante de las decisiones más importantes de la vida. Es decir, el conocimiento para las cosas más profundas nos llega por vías más hondas que la simple reflexión.

En lo sobrenatural nuestra fe vive de la humildad. También en lo meramente natural; si no creyésemos en las enseñanzas de nuestros mayores seríamos irracionales: no habríamos aprendido ni siquiera a hablar. El mundo es un misterio. Sólo unos pocos cientos de hombres han hecho todos los descubrimientos, en lo espiritual, en lo técnico, en el arte, en cuanto nos separa del bruto. También, sólo unos pocos cientos de hombres son maestros en el arte de lo eterno; esos hombres son los Santos. Ellos — iluminados por el Espíritu Santo — penetran lo que los otros no entienden. Ellos han dado a la humanidad la más alta sabiduría, han actuado como levadura de los pueblos (recordemos el Cister, Cluny y la infinidad de órdenes y congregaciones religiosas y sus beneméritas fundaciones civilizadoras). Los Santos son pues los verdaderos Doctores de este saber profundo que eleva al hombre a la más alta perfección. ¿Y qué dicen los Santos del conocimiento de lo sobrenatural? San Juan de la Cruz se refiere así a un éxtasis de alta contemplación:

“El que allí llega de vero
de sí mismo desfallece,
cuanto sabía primero
mucho bajo le parece;
y su ciencia tanto crece
que se queda no sabiendo
toda ciencia trascendiendo.
Este saber no sabiendo

es de tan alto poder
 que los sabios arguyendo
 jamás le pueden vencer;
 que no llega su saber
 a un no entender entendiendo
 toda ciencia trascendiendo.
 Y es de tan alta excelencia
 a queste sumo saber,
 que *no hay facultad ni ciencia*
que le puedan emprender;
 quien se supiere vencer
 con un no saber sabiendo
 irá siempre trascendiendo.
 Y si lo queréis oír,
 consiste esta suma ciencia
en un subido sentir
 de la divinal Esencia;
es obra de su clemencia
 hacer quedar no entendiendo
 toda ciencia trascendiendo.

La ciencia no sirve pues para penetrar en las honduras existenciales del Amor. "Es obra de su clemencia", como nos dice el místico poeta. Es preciso hacerse como niños, porque Dios descubre a los niños lo que oculta a los soberbios y poderosos. "Si no os hacéis como niños no entraréis en el reino de los cielos", nos dice una y otra vez Jesús.

El mundo vive y se desarrolla en el amor. Se desintegra y aniquila en el odio. Ambas realidades operan en la humanidad. De nuevo el misterio: misterio del odio y del amor pero sobre todo misterio del amor. La ley del Talión (ojo por ojo, diente por diente) ha sido borrada definitivamente por Cristo: "¡amad a vuestros enemigos, amadles y no les maldigáis!", "¡acumularéis brasas de amor sobre sus cabezas!".

El hombre vive en lo concreto; la abstracción es sólo un instrumento de la mente. No se ama a una abstracción. Se quiere lo que nos es próximo. Se ama a tal persona; no se ama al amor como abstracción.

Cristo es el amor puesto a nuestro alcance. Acerquémonos pues a Él, con la infancia espiritual de Teresita de Lissieux. Preguntemos acerca de esa devoción al Sagrado Corazón a Sor María del Divino Corazón, esa religiosa del Buen Pastor que hace poco más de 70 años tuvo unas revelaciones divinas que movieron a León XIII a la consagración de todo el género humano al Sagrado Corazón.

Nos dice esta Santa religiosa: "objeto de nuestra adoración es toda la naturaleza humana unida al Verbo así como cada una de las partes de dicha naturaleza. Veneremos pues y adoremos al Corazón, ese Corazón que por nosotros latió 33 años, y pues el corazón es por excelencia el órgano del amor, en la devoción al Sagrado Corazón veneramos y adoramos el amor infinito en que este Señor amantísimo se abrasaba".

San Ignacio en los ejercicios espirituales y para cada meditación nos recomienda hagamos aquella representa-

ción mental que más ayude a movilizar nuestro afecto. Y como representación mental, ¡qué duda cabe que el corazón, para el humano entendimiento, es el símbolo más perfecto y acabado del sentimiento y del amor! Consultad el vocabulario de todos los pueblos, las cartas de todas las personas que se han amado y veréis cuántas y cuántas veces se habla del corazón. Discutir este símbolo a Cristo es tanto como regatear la existencia misma de Su amor.

¿Cuál es el fin de la Consagración? En el mensaje a la citada religiosa dice el Señor que estableció el culto exterior a Su corazón por Su aparición a Santa Margarita M.^a de Alacoque y difundido por todo el mundo, quería ahora "que más y más se estableciese *el culto interior*", esto es que las almas se acostumbraesen a unirse más y más *interiormente con Él* y a ofrecerle sus corazones como morada". ¿Y cómo establecer este culto interior? La misma religiosa lo dice: "El amor al Corazón de Jesús sin espíritu de sacrificio no es más que imaginación"; "la devoción al Sagrado Corazón es inseparable del sufrimiento y del sacrificio". Y añade: "no se puede separar al Corazón de Jesús de la Sagrada Eucaristía donde real y verdaderamente Él se halla". Esta devoción no es algo superficial sino que se encuentra profundamente enraizada en la vida misma y en la doctrina de la Iglesia. Desde las revelaciones a Santa Margarita M.^a de Alacoque en 1673, todos los Papas sucesivos, 16 Papas exactamente, han profundizado y reiterado esta doctrina, la necesidad de esta devoción vivificadora, a través de más de 1.000 breves pontificios y varias grandes encíclicas.

S.S. el Papa felizmente reinante, Pablo VI, en su carta apostólica "Investigabiles divitias" reitera de nuevo la excelencia de la devoción al Sagrado Corazón: "Puesto que el Concilio Ecuménico recomienda en gran manera "los ejercicios de piedad cristiana, especialmente cuando son realizados por mandato de la Sede Apostólica (S.C. 13) — dice — *éste ante todos hay que inculcar*, ya que (como dijimos antes), todo él se dedica a *adorar y reparar* a Jesucristo y está fundado principalmente en el misterio de la Eucaristía, del cual, como de todas las acciones litúrgicas, "se obtiene la santificación de los hombres en Cristo y la glorificación de Dios, a la que tiende toda la actividad de la Iglesia como a su fin" (S.C. 10).

Por consiguiente, el significado de esta devoción y Consagración es: reparación, adoración, Sagrada Eucaristía, reforma interior; en una palabra, amor profundo y no solamente culto exterior.

Nos encontramos reunidos los celadores de una Asociación que cuenta actualmente con 40 millones de afiliados en todo el mundo. Su número ha doblado en sólo 33 años. Es un instrumento fabuloso si se tiene en cuenta el poder de la oración. Falta ahora quizá que análogamente a lo que decía Sor María del Divino Corazón respecto a la consagración al Sagrado Corazón, teniendo ya esta Asociación una existencia pública, la vigoricemos ahora mediante una vivencia de interioridad auténtica

en cada uno de nosotros de la devoción al Sagrado Corazón y a la Eucaristía, como enseñaba la santa religiosa, con espíritu de sacrificio y de reparación.

Y para terminar, ¿cuál puede ser el alcance del poderoso instrumento que supone nuestra Asociación al servicio de un mundo abrumado de materialismo? Voy a traer aquí, en mi calidad de seglar, un testimonio de laico, de una mente poderosa y excepcional que ha pasado por el racionalismo y por el escepticismo, y que ha de merecer el respeto de la más exigente intelectualidad por haber demostrado con hechos la capacidad del propio intelecto: el Doctor Alexis Carrel, premio nobel de medicina a los 30 años, a quien me he referido anteriormente.

Nos dice Carrel, después de haber presenciado como médico el sensacional milagro de María Ferrand en Lourdes y de haber estudiado el problema de los milagros con la exigencia de un científico y el apasionamiento estupefacto de un escéptico: "El gabinete médico de Lourdes ha prestado un gran servicio a la ciencia demostrando la realidad de estas curaciones. *La oración tiene a veces un efecto que en algún modo podríamos llamar explosivo*"... "Se han registrado más de 200 curaciones de tuberculosis, ceguera, sarcoma, cáncer y otras enfermedades orgánicas cuya curación casi instantánea es indiscutible. Nos encontramos aquí sobre un terreno firme. *El hombre tiene necesidad de ayuda, reza, y la ayuda le viene. Cualquiera que sea su interpretación futura, este hecho será eternamente verdadero*".

Creo, señores, que el testimonio es impresionante. Las citas de este testigo podrían ser innumerables y todas ellas sobresalientes, especialmente sobre la fuerza y eficacia de la oración. Escuchad la oración emocionante de este hombre de ciencia que ha vivido todos los problemas ideológicos que angustian al hombre moderno y se ha visto agitado por todos los problemas hoy vigentes; es la oración transida de humildad de quien ha tocado las más altas cimas de la ciencia y aparece escrita en su diario de los últimos años de su vida:

"¡Oh, Dios mío!, cuánto siento no haber comprendido nada de la vida; haber intentado comprender cosas que es inútil intentar comprender. La vida no consiste en comprender sino en amar, en ayudar a los otros, en rezar, en trabajar. Haced, Dios mío, que no sea demasiado

tarde. Haced que la última página del libro no se halle escrita todavía, que otro capítulo pueda añadirse a este libro malo. Hablad, que vuestro indigno siervo escucha. Os ofrece lo que le queda. Os hace el sacrificio voluntario de su vida como una oración. Os pide que le conduzcaís por la buena vía, la vía de los que son sencillos, de los que aman y rezan. Perdonadle todas las faltas de su vida. A él que es totalmente ignorante, dadle la gracia de la luz. Que cada minuto que le queda todavía de vida lo pase cumpliendo vuestra voluntad en el camino que elijáis para él."

"¡Oh, Dios mío!, en este día que conmemora el nacimiento de vuestro Hijo, yo os hago la total entrega de mí mismo, con la pena infinita de haber pasado como un ciego a través de la vida."

En esta hora de turbación y de extravío materialista son muchos los que, a tientas y tropezones buscan angustiosamente la Verdad. Sólo Dios juzga y conoce los corazones. Lo que parecen desvíos individuales son a veces simple efecto de espejismo de un desvío o confusión colectiva. Para todos aquellos que buscan sinceramente la Verdad (aunque sea con desalientos y rebeldías), tiene el Dr. Carrel esta reflexión profunda y alentadora:

"Jesucristo es el camino de la Verdad y de la Vida. Pero si amar a Jesucristo y darse a él es seguir el camino de la Verdad y de la Vida, también es cierto que amar a la verdad por encima de todas las cosas, consagrarse a ella y esperar en ella, aunque sea desconociendo a Jesucristo y aún evitándolo, sigue siendo una manera de seguirle, de cambiar en Su ruta y de encontrarle."

En los tiempos que vivimos ¡cuántas personas buscan sinceramente la verdad y desconocen a Jesucristo como si fuera algo irreal! Y sin embargo, Cristo se halla presente entre todos aquellos hombres que buscan la verdad, porque Él es la Verdad. Pero la Verdad en su significación más profunda es Amor. Cristo es el Amor. Que nuestra devoción al Sagrado Corazón, nuestra consagración y humilde oración, sea para impetrar que esa luz de la Verdad ilumine a todos los hombres y nos reúna en un mismo y eterno Amor junto a ese Corazón amantísimo.

FRANCISCO DE GOMIS CASAS

EL SIGNO DEL TRIUNFO

Es en los momentos de las grandes pruebas, cuando nuestra confianza debe desplegarse con más energía y mostrarse con más viveza. Con esta sola condición, la palabra del divino Maestro alcanzará su completa realización: «Pasaréis tribulaciones en el mundo; seréis quizás aplastados; pero tened confianza, yo he vencido al mundo».

Con esto Jesucristo nos ha indicado, a la vez, el signo y la condición del triunfo. Para nosotros, como para Él, el indicio precursor del triunfo, es la prueba, y la prueba que llega, a veces, hasta el aplastamiento. (P. Ramière: *El Reinado social del Corazón de Jesús.*)

MARTIRES DEL CORAZON DE JESUS

El carácter anticristiano de la Revolución francesa, se manifestó de una forma muy especial con la Constitución Civil del Clero, para intentar crear una Iglesia eismática, servidora de los principios ateos de la Revolución. Pero muy escasos fueron los sacerdotes que juraron esta Constitución. Por este motivo, la persecución religiosa tomó el cariz de una represión de los «no-juramentados», bajo el pretexto de desacato civil a las leyes del Estado.

Pese a las convulsiones que atravesó la Iglesia en Francia durante los siglos anteriores con el jansenismo, el galicanismo y la atmósfera laica intelectual enciclopedista, el pueblo sencillo francés siguió fiel a su piedad tradicional, especialmente en las regiones del oeste, que habían recibido la predicación mariana de S. Luis María de Monfort, y en las que arraigó profundamente después la creciente devoción al Corazón de Jesús.

En estas circunstancias de persecución religiosa se produjo el alzamiento de La Vendée, que constituyó un ejemplo de unión popular, devota y social, en la que se agruparon bajo la misma bandera sacerdotes, religiosas y el pueblo compuesto de campesinos y pescadores, frente a la tiranía anticristiana del gobierno revolucionario. La rebelión de La Vendée, que bajo el símbolo del Sagrado Corazón, luchó macabaicamente por la fe cristiana, defendía al mismo tiempo el orden social cristiano, la verdadera libertad, adelantándose a lo que posteriormente el Magisterio de la Iglesia denominó el Reinado Social del Corazón de Jesús.

Hasta qué punto se identificó, desde el primer momento, la devoción al Corazón de Jesús y la lucha social-política antirrevolucionaria, queda muy patente en estos fragmentos de la *Histoire de la dévotion au Sacré-Coeur* del P. A. Hamon, S. J. (París, 1931), que narra algunos de los ejemplos de mártires cuyo único delito fue ser propagadores de esta devoción.

Muchos de los sacerdotes que perecieron en estas odiosas jornadas llevaban sobre ellos una imagen del Corazón de Jesús. El *Courrier des départements* escribe: "Esta imagen era un signo de alianza, una especie de consigna que La Lambelle y las otras mujeres de la corte llevaban también, bordados en trozos de telas de diferentes colores". Esta noticia es interesante: la imagen del Corazón de Jesús se ha convertido en una señal religiosa; el símbolo religioso, en un símbolo político; llevarlo no es hacer un acto de devoción sino declararse sacerdote no juramentado, aristócrata, contrarrevolucionario. Se había persuadido al pueblo de que los detenidos en las prisiones de París iban a salir con un puñal en la mano y a hacer una matanza de los amigos y defensores de la libertad. Se decía que los sacerdotes habían distribuido a todos los de su partido una imagen representando un Corazón coronado como signo con el que se reconocerían los verdaderos aristócratas; todos los que tuvieran esta imagen la presentarían diciendo: ¡Misericordia!, y los que no lo tuvieran serían degollados sin piedad. En la habitación del superior del seminario de S. Fermín se encontró una caja llena de estas imágenes. ¿No era ésta

una prueba evidente? Desde entonces hacer una matanza de prisioneros era simplemente defenderse... Esta imagen había sido enviada por los jacobinos a todos los municipios de Francia como el signo de alianza de un partido contrarrevolucionario, a la cabeza del cual estaban, según ellos, los sacerdotes refractarios.

Así, desde 1792 las revelaciones hechas a la santa de la Visitación, de Nantes han llevado las almas al Corazón de Jesús. Millares de personas en los campos y en las ciudades, en la corte y en los monasterios, enarbolan como signo exterior de su devoción a la Iglesia y de su confianza en las promesas divinas las imágenes del Sagrado Corazón. Una mujeres de Morlaix, el 16 de agosto de 1791 fueron las primeras en poner sobre la manga de su vestido un trozo de tela en el que se ve bordado un Corazón rodeado de una corona de espinas. Las ursulinas les habían distribuido estas insignias. Se las considera ya como una señal evidente de coalición marcada por un barniz de piedad. En el Poitou y La Vendée, los misioneros de María, fundados por S. Luis María de Montfort, conocidos con el nombre de *Mulotins* —el primero de ellos se llamaba Mulot— se sirven, en sus nu-

meras misiones de banderas con imágenes del Sagrado Corazón. Esta devoción les viene de su santo fundador; en todas partes se les denuncia como los “cordícolas” más ardientes. Ya no se fabrican objetos religiosos ni se venden públicamente; circulan clandestinamente en la Vendée medallas de plomo que representan, por un lado, un corazón inflamado atravesado por una espada con estas palabras: *Doloris gladius per trasivit*; por el otro, un corazón rodeado de espinas y coronado con una cruz, rodeado de llamas, con la inscripción: *Ego dilexi vos in fitem* (págs. 307-309).

* * *

Sabemos que los escapularios del Sagrado Corazón, los “*detente*” se habían extendido por millares mucho antes de marzo de 1793. Los “demócratas mismos”, escribían las Visitadoras de Avignon, “los buenos patriotas”, asegura el doctor Alejandro Laroque-Trémaria, los han elevado siempre, los llevan incluso en plena insurrección vendeana. Pero después de las matanzas de septiembre, después de las persecuciones multiplicadas contra los aristócratas y los no-juramentados se han convertido en señal de unión, de rebelión, de guerra civil. El 26 de junio de 1793, Juan Collet fue ejecutado porque se le encontraron encima tres piedras de fusil y un Sagrado Corazón; Juan Huet, tejedor de Saint-Jean-sur-Mayenne, porque llevaba un Sagrado Corazón de Jesús; el 18 de abril de 1793, cuatro vendeanos y tres de Mayenne fueron condenados porque se les encontraron, en el momento del arresto, imágenes del Sagrado Corazón y la Santísima Virgen. “Los insurrectos, dijo el presidente del Tribunal, llevan imágenes parecidas y combaten bajo su protección”. El 8 mesidor año II (26 de junio de 1794), Susana Loustalet, ursulina de Langon, de 39 años de edad, fue guillotizada en la Plaza Nacional, en Burdeos, porque tenía en su poder una carta ofensiva para la República; como prueba de su “fanatismo” hay dos imágenes del Sagrado Corazón en la primera página de la carta. Alrededor del Corazón del que brotan unas llamas, rodeado de espinas y coronado por una cruz, corazón que lleva en el centro una ancha herida, se hallaban escritas a mano estas palabras: “Oh Sagrado Corazón de mi Jesús, os amo con todo mi corazón!”.

Un exbernardino, fue encarcelado “por haber sido hallado el día de Pascua a punto de celebrar misa en un oratorio en que el signo contrarrevolucionario estaba establecido”. Caterina Joussemet de la Longeais fue fusilada en Nantes, en enero de 1794, por haber seguido al ejército vendeano hasta Savenay y haber distribuido emblemas religiosos; en el momento de su arresto, llevaba sobre ella doscientos cincuenta escapularios del Sagrado Corazón. La lista sería interminable; se trata de puras y nobles víctimas que no está permitido olvidar, pues su martirio pone a nuestra devoción una aureola de gloria.

En un manuscrito sobre *L'Histoire de la Devotion au Sacré-Coeur, dans la communauté de la Visitation de*

Blois, se leen estas líneas: “Dos hermanas allegadas a la familia de la Biliais, que la historia conocerá bajo el título de “Mártires del Corazón de Jesús”, las Madres Margarita-Serafina y Magdalena de Chantal Cianchy, las dos primeras postulantes después de la Revolución, se convierten en dos grandes apóstoles del Sagrado Corazón”. Y en verdad es así: Arrestado el 7 de diciembre de 1793, cerca de Savenay, con su mujer y sus dos hijas, trasladado al día siguiente, con ellas, a Nantes, donde gobierna Carrier, el señor Leloup de la Biliais es encerrado en la prisión de Santa Clara y su mujer y sus dos hijas en la del Buen Pastor. Una tarde de enero de 1794, Carrier cena en la cárcel de Santa Clara y se indigna de que el señor de la Biliais no haya sido todavía juzgado. Al día siguiente, el acusado comparece ante el tribunal revolucionario. Ha dado asilo a un sacerdote no-juramentado, sus tres hijos han emigrado, se ha encontrado en su casa “un pequeño portafolios de cuero sobre el cual hay grabados dos corazones, cada uno de los cuales está coronado por una cruz, y debajo están escritas las palabras: “Jesús, María...” Es condenado a muerte y guillotinado al día siguiente. Se le propuso salvarle por un medio que él reprobaba: “Jamás —respondió con firmeza—, se me verá hacer nada contra mi honor y mi conciencia”.

Durante mucho tiempo se buscan motivos para enviar a la guillotina a la señora de la Biliais y sus hijas. Al fin se descubre “que distribuían con profusión imágenes del Sagrado Corazón y otros signos contrarrevolucionarios”. Ellas reconocen su crimen y se glorían de ello. Suben al patíbulo, la sonrisa en los labios, el velo levantado para demostrar a todos la alegría de dar su vida por Jesucristo. Un oficial republicano se acerca a la más joven y promete salvarla si consiente casarse con él. “Prefiero morir”, responde simplemente la joven mártir. La señora de la Biliais había pedido, y obtenido, ser ajusticiada la última. Algunos meses más tarde, en la Barrière du Trône, en París, la Superior de las Carmelitas de Compiègne había de solicitar el mismo heroico favor; las dos mujeres habían querido hasta el fin cumplir su deber de madre. También las Carmelitas fueron condenadas por haber distribuido Corazones “signo de alianza en la Vendée”, y por haber cantado un cántico al Corazón de Jesús, himno rebelde. Fouquier-Tinville había hecho a los jueces esta pregunta: “¿Los acusados son convictos de haberse hecho enemigos del pueblo y de haber conspirado contra su soberanía, conocer a Milot..., etcétera, todas las Carmelitas al mantener correspondencias fanáticas y conservar escritos liberticidas, así como los distintivos de alianza de los rebeldes de la Vendée?” “Sí”, respondieron los jueces.

Una de las víctimas más puras y más nobres, María Victoria Conen de Saint-Luc, hija de M. Conen de Saint-Luc, consejero del Parlamento de Bretaña, sobrina de Mgr. de Saint-Luc, obispo de Quimper, era Dama de la Retraite...

Cuando la revolución dispersa a las Damas de la

Retraite, Victoria de Saint-Luc se retira entre las Damas Calvairiennes. Emplea sus ratos libres en pintar y bordar imágenes del Corazón de Jesús; su vista excitará a las almas a la oración, a amarle, a imitarle.

Un día de abril de 1792, el doctor Laroque Trémaria, médico de la casa, pasa ante su celda entreabierta; la saluda, puesto que antiguamente la había cuidado. Después de la muerte de Mgr. de Saint-Luc, había publicado el elogio del prelado, su paciente y amigo. Victoria le ofrece una imagen; él acepta y pide otra para su hermano, al mando de un barco en Lorient...

En los últimos días de junio, Victoria se va con su familia; continúa distribuyendo imágenes del Sagrado Corazón. Las envía a los sacerdotes cautivos por Jesucristo, presos en el castillo de Brest, que mucho lo agradecen...

Mientras tanto, unas cartas han sido interceptadas por el Directorio de Quimper y el doctor Laroque Trémaria debe comparecer el 20 de marzo de 1793. Preguntado sobre el significado del *Corazón* del cual habla Víctor Laroque en esta carta del 18 de julio de 1792, "el cual debía acompañarle en los combates" y quién es "la encantadora Victoria que se lo había regalado", responde que este Corazón era un pedazo de tela bordada que la ciudadana Saint-Luc de la Retraite, había regalado a su hermano para darle devoción. A su vez citan a Victoria de Saint-Luc; reconoce haber enviado varios emblemas al doctor Laroque; ella no ve en estos corazones más que un signo de devoción... El trámite continúa. Víctor Laroque, oficial de marina, es citado en Lorient y se le piden explicaciones sobre el emblema rebelde, responde que no ha visto más que una imagen de devoción; el doctor, a su vez, repite el 30 de marzo lo que ya había dicho el 20. De nada sirve. Los dos hermanos son arrestados, conducidos a París, encerrados y juzgados el 26 de diciembre de 1793 por Fouquier-Tinville y condenados "como jefes de todas las conspiraciones que se han hecho en los departamentos de Finistère y de Morbihan, desde el comienzo de la Revolución. "Entre otras pruebas, Fouquier-Tinville presenta el corazón bordado: "el corazón de los fanáticos, símbolo de alistamiento de la Vendée", que la llamada Saint-Luc, ex religiosa, les ha dado y enviado respectivamente. Aquel día mismo, los dos hermanos son ejecutados. Los cómplices seguirán la misma suerte.

En diciembre de 1793, Victoria de Saint-Luc es arrestada con todos los suyos, es encarcelada con su padre, su madre y su hermana menor en un antiguo hospital convertido en prisión... en la cárcel continúa bordando emblemas del Sagrado Corazón.

... El 4 de febrero, escribe a la señorita de Marigo, su antiguo superiora, que ha sido encarcelada por complicidad en el asunto de los hermanos Trémaria, "es mi historia para el Corazón de Jesús. Si perezco, puedo decir que ha sido injustamente y por un objeto santo, y debo ver esto como una especie de bautismo, que me purificaría de mis pecados, si obtengo este gran favor del

Corazón de Jesús". En una carta del 23 de febrero a Fouquier-Tinville, pide ser juzgada en Brest más bien que en París; y añade: "Se me acusa de haber enviado al Trémaria de Lorient una pequeña imagen del Corazón de Jesús con una intención perversa y con una idea de signo contrarrevolucionario...; desde hace quince o veinte años vengo haciendo estas cosas con la mayor simplicidad y seguridad, únicamente como objetos de devoción..."

Victoria y sus padres son trasladados a la Conciergerie, por orden de Fouquier-Tinville, donde llegan el 18 de julio. Éste, después de haber resumido el caso, interroga a los jueces: "... Victoria Conen Saint-Luc, de 33 años, nacida en Rennes y vecina de Quimper, que ha vivido en una llamada casa de retiro; Gilles-René Conen Saint-Luc, de 75 años, Rennes, consejero en el parlamento de Bretaña, ex noble; Francisca-María Duboz, Connen Saint-Luc coacusada... ¿son convictos de ser enemigos del pueblo? A saber: por haber mantenido correspondencia contrarrevolucionaria..., por haber secundado la revuelta de los de la Vendée; haber distribuido signos de rebelión de los rebeldes... Respuesta afirmativa del jurado: los tres acusados son condenados a muerte.

... Anteriormente a su ejecución Victoria había dicho a su hermana: "Nunca me someteré a la tentación de escapar, tengo miedo de comprometer al carcelero y de perder la palma del martirio... ¡soy demasiado feliz al sufrir alguna cosa por el nombre de Jesucristo! Mi suerte es verdaderamente digna de ser envidiada... entreveo la felicidad que tanto he deseado".

Victoria de Saint-Luc ha sido declarada venerable, y el proceso de beatificación se ha instruido...

Al lado de los mártires cuyos nombres podemos citar, cuántas víctimas desconocidas que murieron también durante los días sanguinarios, inmoladas por el Corazón de Jesús, llevando sus escapularios, en los muelles de Rochefort, en las islas y en las costas de la Charente-Inferior, en las rojas aguas del Loira, en las canteras de Grigant, los subterráneos de L'Eperonnière, las cuevas de l'Entrepot, los campos y las calles de Savenay, sobre los campos de batalla de los grandes ejércitos en la Vendée, Poitou, Mayenne y Bretaña. "Muchos de los muertos de Savenay, escribe Pierre de la Gorce (23 de diciembre de 1793) tenían todavía entre sus dedos su rosario o la imagen del Sagrado Corazón como señal de la causa por la cual sacrificaron su vida". "Millares de personas, hace notar el padre Gaugain, de todo rango y sexo, fueron detenidas, llevadas ante las Comisiones revolucionarias y encerrados en prisión, sea por haber confeccionado, sea por haber llevado sobre ellos el signo más expresivo del amor de Dios por los hombres". Amados hasta la cruz, hasta la corona de espinas, hasta la muerte, hasta el Corazón abierto por la lanza, ellos, a su vez, han amado hasta los horrores de las prisiones revolucionarias, hasta el fusilamiento de los Lucs o del Campo de los Mártires, hasta los ahogamientos de Nantes, hasta los incendios y las matanzas de las colonias infernales; a la

sangre del Redentor mezclaron su sangre de víctimas; *Sic nos amantem quis non redamaret.*

La devoción al Corazón de Jesús ha sostenido a los vendeanos en su revuelta heroica, y esta devoción anima también a los tirolese que luchan en 1796 y de 1806 a 1809, por su fe y su libertad. En Botzen, en 1796, se consagran solemnemente al Corazón de Jesús, y los ejér-

citos del general Joubert se retiran ante estos soldados paisanos. No lejos de Skerzing, cerca de la carretera de Trens, se levanta una pequeña capilla. En los muros, una pintura representa dos dragones franceses que se detienen bruscamente ante una imagen del Corazón de Jesús; una inscripción dice así: "Hasta aquí y no más adelante han llegado los jinetes enemigos" (págs. 312-323).



Copia de la primera imagen del Sagrado Corazón, original de Santa Margarita María.

TRIUNFALISMO

(CONCLUSIÓN)

III

Con estas líneas queríamos haber contribuido, un poco siquiera, a desterrar, lo más lejos posible, esa mentalidad que tacha de “triumfalismo” cualquier acto público y comunitario, verificado con pompa y esplendor para gloria de Dios. Aun prescindiendo de que no se cumple aquí el concepto de “triumfalismo”, el cual requiere un proceder habitual y por sistema o la falta de fines dignos y levantados, indigna que se censure hacer por Cristo lo que muchos de los censores y acusadores procuran afanosamente por sus líderes e ídolos terrenos. Nos acusan de “triumfalismo” y ellos lo buscan ferozmente. Buscan mítines resonantes, alardes de fuerza aún fingiendo lo que no hay. Y eso, que no raras veces se trata de líderes de quienes más bien deberían avergonzarse.

Un pueblo bien formado, conocedor de Jesucristo y que ama a Jesucristo, por necesidad emplea formas triunfales, por lo menos en las grandes ocasiones, y goza de emplearlas. Quiere mostrar ante cielos y tierra, cuanto más alta y potentemente mejor, su agradecimiento y amor a quien siendo Dios, se abajó hasta tomar forma de esclavo por nuestro amor. Y en fuerza de este amor y agradecimiento todo le parece pobre y poco.

Estos actos “triumfales” los necesita su espíritu, y además con ellos crecen y se nutren espiritualmente las generaciones jóvenes y se forman esos pueblos compactos y unidos en una fe religiosa que son la admiración y asombro de todo noble espectador; fuertes en la Fe, aun en la adversidad (6), capaces de desafiar y vencer al tirano que los quier apartar de su fe. De entre ellos brota todo género de heroísmos.

En otro tiempo nuestro pueblo mereció el calificativo de “pueblo teólogo”. A esta teología o sabiduría religiosa contribuyó en gran medida un verdadero “triumfalismo religioso” deleite del pueblo; procesiones solemnes, sem-

(6) En sus valientes homilias, densas de contenido y de direcciones claras y muy útiles para hoy, el Sr. Arzobispo de Barcelona toca alguna vez de pasada este tema del “triumfalismo”. Suyas son estas palabras: La religiosidad que llaman sociológica “no es perfecta, y tenemos que perfeccionarla, pero no seamos ligeros en nuestros juicios; esta religiosidad llamada sociológica no es puramente una apariencia exterior, es el fruto también, la convergencia de múltiples acciones espirituales que han brotado del interior de muchas vidas santas a lo largo del tiempo: padres y madres de familia, cristianos buenos que pertenecieron a esa sociedad, asociaciones, grupos que pudieron constituirse al amparo de un modo de vivir y de determinadas condiciones sociales, todas las cuales fueron promoviendo reacciones magníficas, sacrificios y actos de penitencia, oraciones privadas y públicas, formas sociales y colectivas de religiosidad que no aparecieron un día como fruto de una improvisación artificial, sino que fueron el resultado progresivo y lento de un esfuerzo respetabilísimo de las generaciones anteriores. Por qué lo vamos a despreciar?” *Fuertes en la Fe*, conferencias y homilias cuaresmales; viernes Semana IV de Cuaresma, 29 de marzo de 1968, p. 107; Edit. Balmes, Barcelona.

bradas de imágenes y de simbolismos religiosos; autos sacramentales que eran públicas y solemnísimas manifestaciones de culto y adoración al misterio de la Eucaristía; y tantas otras formas de piedad por este estilo, grandioso y embriagador, enormemente sugestivo y aleccionador o magisterial para todos, pero sobre todo para el gran pueblo cristiano. Por esto parecen cometer una especie de sacrilegio los que en nuestro tiempo, por añoranza de sencillez que más bien parece pobreza y raquitismo de espíritu, suprimen o recortan procesiones, arrinconan imágenes, quieren ¡oh dolor! ocultar y vulgarizar hasta los Sagrarios, eliminan toda clase de exhibiciones hechas con alguna solemnidad y esplendor, y sólo se sienten satisfechos cuando en silencio alienta un “*pusillus grex*” que casi parece querer esconderse caminando de puntillas para que no oigan sus pisadas que han de ser silenciosas, humildes y nada triunfales. Todo en silencio, en la intimidad, ahogando el grito expansivo de adoración y alegría que pugna por brotar del corazón.

No es ésta la manera de guiar y conducir al pueblo. Los conductores de masas nos dan ejemplo. Ellos hacen grandes concentraciones, forman coros hablados, cantados, en los que una y muchas veces se afirman y repiten clamorosamente por multitud de jóvenes electrizados las ideas que se pretende inculcar, acuñadas en sentencias breves y tajantes. Música valiente y triunfal lo acompaña y realza todo. — Pues si para inculcar cosas terrenales y efímeras, con frecuencia perturbadoras y falsas, se usan estos medios que innegablemente entusiasman al pueblo, por lo menos a los jóvenes y son como una expansión necesaria de la vida que bulle en el interior, ¿las proscribiremos nosotros, los católicos, sin más, y será imprudente e ilícito usarlas para vigorizar e inflamar los ánimos de las multitudes a gloria y honra de Dios? Él nos libre de este pecado y de dar esta satisfacción a Satanás.

En vez de censurar estos actos esplendorosos y solemnes, lo que deberían hacer estos censores o acusadores, ya que dicen que obran, y así será sin duda, con recta intención y buena voluntad, es abogar fortísimamente y sin descanso, con toda la fuerza de su ingenio, por lo que ha de ser la raíz fecundísima de toda sana religiosidad: una INSTRUCCIÓN DEL PUEBLO, INTEGRAL Y PROFUNDA, de lo cual ya hemos hablado en varias ocasiones. Ésta es la raíz o la causa: el “triumfalismo”, razonable y sano, es el fruto o uno de los frutos. — Primero se ha de poner la causa y ahondar la raíz: pero después, dejémosla producir sus frutos, frutos de entusiasmo, de aliento y esperanza, para caminar con pie firme, y ánimo alentado y gozoso estas jornadas, a menudo tan fatigosas, de la presente vida.

IV

Jesucristo Nuestro Señor no usó propiamente de "triumfalismo", empleando formas triunfales como norma ordinaria de conducta. Pero con su ejemplo nos enseñó a saberlas emplear oportunamente en ocasiones. Ciertamente las rechazó cuando se las proponían para lograr egoístamente mediante ellas provechos puramente temporales como cuando le querían hacer Rey (S. Juan VI, 15. — Véase VI, 26). — Pero otras veces las aceptó y las empleó para fines espirituales, convenientes a su misión redentora.

Forma triunfal es la multiplicación de los panes y peces, realizada dos veces ante grandes multitudes, en las que sólo los hombres eran 4.000 o 5.000, sin contar mujeres y niños. "Para no desfallecer en el camino" podía haberles esforzado y confortado *calladamente*. — Forma triunfal la resurrección de Lázaro con tanta preparación y aparato ante un grupo grande de espectadores. Y así otros milagros. Todos ellos iban encaminados, como a fin principal, a que le reconociesen por "enviado del Padre". Expresamente en la resurrección de Lázaro dijo Jesús que la hacía "... a fin de que crean que Tú me enviaste" (S. Juan XI, 42). — Forma triunfal es también la ida al templo el Domingo de Ramos, aclamado solemnemente por las turbas. En esta ocasión hasta reprendió a los Fariseos y Príncipes de los Sacerdotes porque le pedían que las hiciese callar, añadiendo que si ellas callaban, las mismas piedras clamarían (S. Lc. XIX, 39-40). Y en fin formas triunfales son la transfiguración y toda su vida gloriosa en la tierra después de la Resurrección, coronada con el hecho triunfalísimo de la Ascensión y el no menos grandioso y llamativo de Pentecostés.

Y aun podríamos añadir: con el canto de los Ángeles en Belén el Padre Celestial a su Hijo Unigénito lo presenta al mundo en forma triunfal; y en su bautismo con una voz bajada del cielo confirma y sella divinamente la inauguración de su vida pública (S. Lc. III, 21 sq.); y durante ella la voz del Padre Celestial resuena a veces ante la muchedumbre (S. Juan, XII, 28 sq.) con lo que un halo de divinidad corona y circunda la persona de Jesús (7).

Además, Cristo Nuestro Señor participaba en las grandes fiestas de su pueblo: fiesta de la Pascua, fiesta de los Tabernáculos. — Y ahora mismo en la gloria del cielo inspira o impulsa a grandes manifestaciones, como la procesión del Corpus, la fiesta solemne del Sagrado Corazón, probablemente el que la imagen de su Corazón se ostente en los estandartes reales del Rey de Francia; y otros actos semejantes, aún más grandiosos como la

Consagración del género humano al Sagrado Corazón hecha por León XIII "a quien una Religiosa del Buen Pastor Soeur Marie du Divin Coeur Droste zu Vischeering, Superiores del Monasterio de Porto en Portugal había transmitido el deseo expreso y formal de Nuestro Señor de que esta consagración fuese pronunciada" (8).

La Santa Madre Iglesia ha seguido el ejemplo de su Fundador y Maestro. Sea lo primero el ejemplo clarísimo de su liturgia. Este argumento lo desarrolla con lucidez y vigor el P. Cayuela. Con santa indignación comienza con estas inflamadas palabras: "Parece mentira que los adversarios del "triumfalismo", muchos de los cuales tienen siempre en sus labios y en sus manos la Liturgia, sean tan miopes en la vista de su alma, que no vean en la misma Liturgia todo lo contrario; y cómo ella les desaloja de sus posiciones engañosas, y muestra evidentemente el verdadero sentir con la Iglesia" (9). Y después de algunas observaciones más generales, prosigue: "Pero hay tres festividades litúrgicas... que son aptísimas singularmente para hacernos vivir, en unión de la Iglesia, el victorioso triunfo de Cristo; son la de Corpus Christi, la del Sagrado Corazón de Jesús y la de Cristo Rey" (10). Y luego va dando, en breve pero luminosa síntesis, las razones de por qué la Santa Iglesia celebra esas fiestas con tanto esplendor. Son más o menos las mismas que nosotros hemos apuntado para la fiesta del 'Corpus'.

En este argumento, lo más importante a nuestro modesto juicio es hacer ver que la Santa Iglesia no se contenta con un esplendor y pompa, por decirlo así, de llamada intimidación y recogimiento: forma triunfal, pero manifestada tan sólo con deseos íntimos, súplicas fervorosas y en general con formas que no traspasan el templo. La Santa Madre Iglesia desea, procura y promueve que las multitudes aclamen a Cristo "*ovantes*" (= con ovaciones) en los templos y el aire libre, con pompas, actos y regocijos públicos. Si a eso algunos quieren llamar "triumfalismo", ¡bienvenido sea ese "triumfalismo"! Lo desea y nos lo enseña nuestra "Madre y Maestra", la Santa Madre Iglesia. Es conveniente insistir en este punto crucial. Y por eso vayamos a lo más seguro: al *Magisterio de Roma*.

Los ROMANOS PONTÍFICES nos declaran más en concreto cómo desea la Iglesia que se celebren esas grandes fiestas del pueblo cristiano. Pues bien, los Romanos Pontífices han bendecido y alentado los grandes Congresos Eucarísticos, tanto nacionales como mundiales, enviando a ellos sus Legados, y hasta hablando ellos mismos y usando los modernos medios de comunicación que resuenan potentes por todo el mundo (11). — Asimismo, en las conmemoraciones de grandes acontecimientos religiosos han visto con agrado las solemnes fiestas y manifes-

(7). Con un dejo de bien merecido ironía agudamente arguye así el R. P. Cayuela: "Por el modo de hablar de los nuevos fautores del anti-triumfalismo, no parece sino que ellos tal vez hubiesen aconsejado al P. Celestial que cuando Jesús nació en el portal o cueva de Belén, lo hubiese dejado escondido sobre las pobres pajas del pesebre, y no hubiese enviado aquella luz celeste que inundó de claridad divina el valle de Belén..." Y prosigue en este estilo irónico concluyendo así: "Bien se ve que no piensan como ellos el Padre Celestial y el divino Salvador" ("Cristiandad", l. c., p. 207, col. a y b en I).

(8) "Histoire de la Dévotion au Coeur de Jésus", por A. Hamon, V, 185-188.

(9) L. c., p. 208, col. a.

(10) L. c., p. 209, col. a.

(11) Véase la tan útil y precioso Colección de Documentos Pontificios sobre la Santísima Virgen en la BAC, núm. 128 "Doctrina Pontificia", IV, Documentos Marianos, por el R. P. Hilario Marin, S.J.

taciones llenas de pompa y esplendor. Citemos como ejemplo las palabras de S. Pío X, cuando, apenas elegido Papa, se afanaba por celebrar dignamente el 50 aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada. El mismo año de su elección, 1903, en Carta del 8 de septiembre, confirma la Comisión Cardenalicia nombrada por León XIII para “adherirse al deseo de los fieles de todo el mundo de que este aniversario se celebrase con solemnidad extraordinaria” (12). Qué entendía el Santo Pontífice por “solemnidad extraordinaria” lo declara poco después (2-IX-1904) en su admirable Encíclica “*Ad diem illum*”, nunca bastantemente estudiada: “Ciertamente ningún honor es más deseado (por María), ninguno le es más agradable que el que conozcamos debidamente y amemos a Jesús. Por tanto, concurren multitudes de fieles a los templos (13), haya festivas pompas, haya regocijos sociales y públicos (*laetitiae civitatum*): cosas que sirven no poco para fomentar la piedad. Con todo, si a eso no se añade la voluntad interior, tendremos formas que solamente ofrezcan apariencia de culto” (14). — Dos elementos distingue y propone el Santo Pontífice para honrar y dar culto a la Virgen: el exterior, que describe con bastante detención y el interior. Los dos son necesarios, como el alma y el cuerpo en el hombre. Del elemento exterior (festividades y regocijos, aun sociales y públicos) dice taxativamente que “non mediocres usus afferunt ad pietatem fovendam”. ¿Con qué derecho, pues, los anti-triunfalistas los mandan suprimir o rebajar, y parecen darles en rostro, pues toman pretexto de ellos para censurar a la Iglesia?

También Pío XII, al exhortar en “*Haurietis aquas*” a que se celebre el centenario de la institución por Pío IX de la fiesta del Corazón de Jesús en la Iglesia universal dice que “desea vehementemente que en todas partes el pueblo cristiano conmemore este centenario solemnemente con actos públicos de adoración, acción de gracias y reparación al Corazón divino de Jesús” (15). Y especificando algo más, añade que “estas solemnidades de cristiana alegría y cristiana piedad se celebrarán con peculiarísimo ardor religioso... en la Nación, en que, no sin designio (*nutu*) de Dios nació la santa virgen fautora y propagadora infatigable de este culto (16). Así pues, Pío XII desea vehementemente actos públicos y solemnes de cristiana alegría para gloria del Sagrado Corazón.

Corona y confirmación de todo lo expuesto es la fiesta magna de Cristo-Rey, instituida con grandes esperanzas y con grande amor por Pío XI. La comenta con verdadera inspiración el R. P. Juan Manuel de Igartua en su libro “*El misterio de Cristo Rey*”, rigurosamente exacto y a la vez canto triunfal. Copiemos algún fragmento: “... Con exacto conocimiento del alma del pueblo,

a quien le hablan los sentidos y la presencia de las cosas más que los documentos, instituye (Pío XI) la fiesta para conmover y enseñar a los fieles. “Los documentos hablan una sola vez, las fiestas todos los años y perpetuamente; aquéllos tocan sobre todo la mente; éstas, en cambio, no sólo la mente, sino también el corazón y, en suma, todo el hombre..., de modo que a través de la variedad y de los ritos sagrados convierta las enseñanzas divinas en carne y sangre (17). Y unas páginas antes, en síntesis emocionante, escribe, o más exactamente canta el autor el triunfo de Cristo Rey: “Éste es el progreso del triunfo de Cristo Rey. Del fondo de los altares ha salido a la vista de las muchedumbres. Y en los Congresos Eucarísticos como en Budapest, o Buenos Aires, o Chicago, o Barcelona, o Río de Janeiro, ha sido paseado en triunfo, ya en espléndida procesión por las calles modernas de la gran ciudad, ya entre millares de cirios reflejándose en las aguas del gran río, ya por el esplendor del puerto cuajado de navíos. Y así en Río de Janeiro, la imagen gigantesca del Rey del monte Corcovado presidió el triunfo eucarístico de Cristo-Hostia, y en Barcelona se oyó la voz de España consagrándose a la Eucaristía bajo la sombra del Templo expiatorio del Tibidabo. Porque nuestra España es el país de los triunfos antiguos del Sacramento, donde las procesiones del Corpus y las escuelas únicas de religión de sus autos sacramentales “para espiritual recreación de cuatro demacrados ascetas que parecían hechos de raíces de árboles” todavía viven y renuévanse entre sus costumbres. Ningún otro país del mundo puede presentar el ejemplo de sus grandes literatos, católicos entonces hasta la médula, presentando las fórmulas sublimes en poesía escénica. Tal vez sea Calderón, con Dante, el genio que más pura poesía ha producido, si verdaderamente religión es poesía y misterio adorado” (18).

Nada ni mejor ni igual podemos nosotros añadir. Terminemos deseando ardientemente y haciendo votos para que los fieles, llenos de alegría y santo entusiasmo, den siempre hasta el final de los siglos testimonio de su fe, con solemnidades extraordinarias, en las que aparezca clara y manifiestamente que están llenos de júbilo por pertenecer a la única Iglesia verdadera, la Santa, Católica, Apostólica y Romana Iglesia; y que están satisfechos y agradecidos a Cristo Nuestro divino Redentor por habernos dejado, como Vicario suyo, al Romano Pontífice, dotado de la gran prerrogativa, exclusiva suya, de un Magisterio infalible, cuando habla “*ex Cathedra*”, y que a la luz inextinguible de ese Magisterio, siempre venerable aun en su función ordinaria, quieren celebrar con sociales y públicas alegrías y regocijos las grandes festividades litúrgicas, como son muy particularmente las de “*Corpus Christi*”, “*Sagrado Corazón*” y la de

(12) L. c., núm. 481.

(13) El texto latino dice “*fideliū celebritates in templis*”, no *festorum celebritates*. Por tanto se trata de “grandes concursos, concurrencias. Por lo mismo bien se traduce en BAC, l. c., “llenar las multitudes los templos”.

(14) BAC, l. c., núm. 490, p. 373.

(15) A.A.S., vol. 48 (1956), pp. 352-353.

(16) *Ibid.*, p. 353.

(17) “*El Misterio de Cristo Rey*”, Cp. VIII, II, “La liturgia de la Fiesta de Cristo Rey”. Entre comillas aduce el autor las magníficas palabras de Pío XI. — La obra está editada en el “*Mensajero del Corazón de Jesús*”. Apartado 73, Bilbao (1956), pp. 242-243.

(18) Obra citada, l. c., pp. 235-236.

“Cristo Rey”; y podríamos añadir para España, la de la Inmaculada.

Esa alegría santa, social y pública, no se extinguirá jamás a pesar de tener tan tristemente valientes y no esperados adversarios. A pesar de ellos y aun de toda la rabia del infierno subirán siempre al cielo las voces de júbilo y los himnos de gloria que el pueblo “cristiano” fiel, desde este “valle de lágrimas” entonará mirando con esperanza y amor a la venturosa Patria, donde ya nos esperan tantos que con nosotros cantaron en el destierro las glorias de Nuestro Señor y Redentor.

¡Bendito sea éste, si así se le quiere llamar, “triumfalismo”, pero “triumfalismo” santo, vivificante y confortador, que nos eleva y sublima despegándonos poco a poco de nuestras profundas aficiones terrenas que nos apegan y quieren que, inclinados los ojos al suelo, hagamos del destierro la patria, de la tierra el cielo! “... La Iglesia Católica, concluiremos haciendo nuestra la expresión relampagueante y henchida de fe, del Sr. Arzobispo D. de Valencia, Mr. Olaechea, la Iglesia Católica fue, es y será siempre triunfalista. No puede dejar de serlo” (19). Infinitas gracias a Jesucristo que nos ha merecido y concedido este preciadísimo don de pertenecer a ella y sentir con ella.

V

Así es. Pero sacaría una consecuencia desacertadísima quien dedujese, y aun, contra lo que hemos claramente sugerido, pretendiese que nosotros juzgamos que lo principal en la vida social de la Iglesia son las formas triunfales. — Nada más lejos de nosotros. Se necesitan o son muy convenientes en ocasiones, oportunamente. Pero no bastan. Y es preciso insistir en ello. Lo principal es el espíritu que las ha de informar; lo más importante es mantener viva y copiosa la fuente interna de donde dimanar. Y por tanto para que se obtenga el fruto deseado han de nacer a impulsos de un espíritu interno de querer glorificar a Dios y dar testimonio viviente de nuestra fidelidad a su voluntad santísima; o de un deseo íntimo de manifestar el tesoro que se posee dentro de la Iglesia Católica para que los demás participen también en él.

Claro está que si Dios Nuestro Señor, en sus inescrutables designios permite, por culpa y desidia nuestra y para arrancarnos de nuestra tibieza y dejadez, que las tinieblas se extiendan y cunda la confusión y muchos deserten y pasen al bando de los enemigos de nuestra Religión, y los fieles vengan a ser quizá unos pocos, unos como supervivientes, esparcidos acá y allá, en el gran naufragio de la Fe, claro está, repetimos, que no podrá haber entonces actos sociales de aclamación y de triunfo. Pero en esos días de tribulación y oscuridad, soterrados en tierra como el grano de trigo, hemos de

conservar un espíritu de fe, esperanza cierta de la victoria final y una caridad ardiente ante todo para con Dios y por Él para con los prójimos, en unión fraterna entre nosotros y con leal sumisión a las direcciones y mandatos de la Jerarquía; y en este sentido, un espíritu potencialmente triunfal, que sólo espera la oportunidad para brotar, manifestarse y manifestar las glorias de nuestra Santa Religión. Ese tiempo de oscuridad y como aniquilamiento social será nuestro invierno para rezar y orar con fervor concentrado, esperando, esperando la hora de Dios y de resurgir en espléndida primavera que venga a producir frutos sazonados de vida sobrenatural.

Quizá sea esta la forma que nos tocará vivir, mientras se consuma la prueba terrible por la que nos toca ahora pasar. Pero siempre podremos y deberemos, más o menos calladamente, más o menos clamorosamente, entonar, por lo menos con el clamor íntimo del corazón, el cántico de los hijos de Dios: “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes se ha complacido (Dios)” (Lc. II, 14). Gloria en el cielo y paz en la tierra. Las dos a la vez. Pero primero, la gloria de Dios. Vendrá luego la paz, la verdadera paz. Si falla la gloria de Dios, fallará también la paz sobre la tierra.

EPÍLOGO

Otra clase de “triumfalismo”: Actitud triunfal, paradójica, de muchos anti-triumfalistas.

Es curioso que los que más acusan de triumphalismo a la Iglesia, esos mismos incurran en un triumphalismo singularmente molesto, y además poco humilde, si no ya egoísta y soberbio.

Esos acusadores son generalmente de ideas avanzadas. Pues bien, esos mismos defienden sus ideas con una tenacidad y una autosuficiencia con toda verdad hiriente y dictatorial. ¡Ellos hablan! Y ¡ay! de quién no esté con ellos y no admita y se someta a su dictadura ideológica. Sus contrarios son por lo menos unos atrasados, cuando no unos infelices de poca penetración e inteligencia, que no saben ver, un poco de lejos, la significación de los tiempos. Y por supuesto, a estos adversarios todo aplauso les está negado. Los aplausos y vocerío entusiasta están solamente reservados para los que dicen “amén” a sus ideas. En una palabra, son infalibles o poco menos; y los demás no tienen derecho a discutir, ni siquiera a dudar modestamente de sus ideas. — Ese sí que es “triumfalismo”, y “triumfalismo” feo y opresor, al borde siempre del egoísmo y soberbia, que hace que uno se supervalore a sí mismo y se agigante, y al contrario tenga en poco y aun desprecie a los demás. Los seguidores de ese “triumfalismo” claman por la libertad, mucha libertad de pensamiento, pero con tal que se piense como ellos.

Esa gente valerosa y tan pagada de sí, que quiere tercamente el *amén* y la humilde inclinación de los demás, causa un efecto deplorable cuando critica tan acerbamente a quienes pretenden, no su gloria, sino la de

(19) “Fuerza Nueva”, art. citado, p. 18, col. c.

Dios y procuran presentar a Dios Nuestro Señor en la Sagrada Eucaristía o a su divino Corazón con la grandeza que le corresponde en la medida máxima que puede el hombre.

Pues bien, con claridad. Nos disgusta esta gente soberbia y su triunfalismo ideológico. Y aunque a ellos les repugne ideológicamente, a nosotros nos edifica ver a las autoridades públicas realzar con su presencia y toda su grandeza los actos solemnes de culto, como las procesiones y otros actos semejantes; y nos gusta saber por ejemplo que un Felipe II en la procesión del Santísimo "Corpus Christi" llevaba una de las varas del palio, y otra la llevaba el Príncipe de España D. Felipe.

Y hoy mismo, aunque también a ellos les repugne, nos impresiona ver o saber que Viernes Santo en Madrid y en la Iglesia de S. Francisco el Grande, sede de la Orden del Santo Sepulcro, un piquete de soldados con cornetas y tambores da escolta al Cristo que adoran los fieles. Y, en fin, nos complace profundamente ver al pueblo fiel, sencillo y profundamente creyente, todavía no maleado por enredos y sofismas, cómo sabe a impulsos del amor rodear de santo triunfalismo, no ya las

glorias sino hasta los mismos dolores sufridos por nuestro Dios. Con emoción el pueblo ha coronado con coronas de oro y piedras preciosas, y ha vestido con mantos de terciopelo, bordados en oro, las Vírgenes Dolorosas que salen en la Semana Santa. Con esto ha querido agradecer a la Virgen lo que sufrió por nosotros, y al mismo tiempo exaltar, glorificar y presentar con santo triunfalismo la grandeza y el valor de su dolor. Pues ¿qué querrían esos sedicentes adversarios del triunfalismo? que saliese al público la Santísima Virgen vestida pobremente, en silencio? Pues bien, otros quieren precisamente lo contrario y pretenden con ello seguir las enseñanzas de Jesús que proclama "*qui se humiliat, exaltabitur*" (S. Luc. XIV, 11; cfr. S. Math. XXIII, 12); y por tanto quieren rodear de gloria a Jesús crucificado y humillado por nuestro amor, y exaltar y llevar en triunfo, el máximo posible, a nuestra buena Madre que sufrió y se abajó tanto por sus hijos. Ese "triunfalismo" lo queremos y nos edifica, al paso que nos repele y repugna esa pretendida dictadura y triunfalismo ideológico de algunos. ¡Bienvenido el uno! ¡Retírese por fin y desaparezca para siempre el otro! No lo queremos.

FRANCISCO SEGARRA, S. J.



LA FE EN LAS BIENAVENTURANZAS

Por primera vez en la historia de la Iglesia y en la historia de los Símbolos o Profesiones de fe católica, fue proclamada solemnemente la fe en las ocho bienaventuranzas, practicadas y enseñadas por Jesucristo en el Evangelio.—Lo ha hecho el Papa Paulo VI en su “Credo del Pueblo de Dios”. Y no tan sólo con una breve alusión a ellas, sino con explícita y completa profesión de fe en las ocho bienaventuranzas.

He aquí sus palabras: “Nos enseñó (Nuestro Señor Jesucristo) el camino de las Bienaventuranzas del Evangelio: la pobreza de espíritu, la mansedumbre, el dolor soportado con paciencia, la sed de justicia, la misericordia, la pureza de corazón, la voluntad de paz, la persecución soportada por la justicia”.

Ha sido esto una inspirada idea y un gran acierto de Paulo VI, ya que después de proponernos la fe en la divinidad de Jesucristo y en el misterio de su Encarnación, y antes de proponernos la fe en el misterio de su Redención y en el de su segunda venida, con gloria, para juzgar a vivos y muertos, nos expresa la fe en la vida de Cristo, cuando habitó entre nosotros; y esta vida la resume magníficamente en estas cuatro cosas:

a) la santidad de su vida, manifestada en sus grandes virtudes, pues “habitó entre nosotros, con plenitud de gracia y de verdad”;

b) la obra principal de su ministerio apostólico, a saber: “Anunció e instauró el Reino de Dios, y nos hizo conocer en Él al Padre”;

c) el gran precepto que nos dio, como precepto singularmente suyo y distintivo de sus discípulos: “Nos dio un mandamiento nuevo: amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado”; y

d) el espíritu que informó toda su vida, y que nos dejó como resumen de todas sus enseñanzas: “Nos enseñó el camino de las Bienaventuranzas”.

Realmente, no sería completa nuestra profesión de fe en Cristo, si no expresase nuestra fe en el espíritu de

Cristo. Y no otra cosa son las ocho Bienaventuranzas: son el espíritu de Cristo; el espíritu de que estuvo lleno su Santísimo Corazón; el espíritu con que vivió; el espíritu que nos enseñó para que también nosotros viviésemos con el mismo espíritu de Él.

Las ocho Bienaventuranzas son no tan sólo el admirable prólogo, o pórtico grandioso del Sermón de la montaña, sino también el resumen de todo aquel soberano sermón, y aun el compendio claro y breve de todo el Evangelio de Cristo, en lo que se refiere a la vida moral y de santidad cristiana; pues la continuación del Sermón de la montaña no es sino un desarrollo más amplio de las mismas ocho Bienaventuranzas; y en todo el Evangelio vuelve Cristo sobre ellas, y va completando y perfeccionando la doctrina moral y de santidad que en ellas nos dio.

Si, pues, el espíritu de Cristo lo tenemos en las ocho Bienaventuranzas; y si en el espíritu de Cristo hemos de creer con viva fe, y como parte principal de nuestra profesión de fe en todo el conjunto del Misterio de Cristo, según lo hacemos ahora en el “Credo del Pueblo de Dios”; es de suma importancia entender clara y profundamente las ocho Bienaventuranzas, en las que se nos manifiesta el espíritu de Cristo con que hemos de vivir. Por otra parte, sin conocer el verdadero espíritu de Cristo, no podemos tener el pleno conocimiento de Cristo, en el que, como Él dijo, está nuestra vida eterna: “Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el solo Dios verdadero, y a quien enviaste, Jesucristo” (In., 17, 3). Así comenzó Jesús su oración sacerdotal después de la Última Cena, “alzando sus ojos al cielo” (ib., v. 1).

Es lo que vamos a hacer ahora, procurando, primeramente, conocer lo que son las Bienaventuranzas; y después el proceso o división de ellas, con la indicación sucinta del significado de cada una de ellas y de la recompensa que a cada una promete Cristo.

I. Qué son las ocho Bienaventuranzas

Ante todo, es conveniente recordar que las enseñanzas del Evangelio de Cristo comprenden tres cosas, las que constituyen la verdadera Religión, o sea el conjunto de todas las relaciones de los hombres con Dios, tal como el mismo Dios quiere ser adorado y servido por los hombres, desde que el Hijo de Dios, hecho Hombre, vino a establecer y enseñarnos su Religión, que de su nombre se llama Cristiana. Las tres cosas a que se reducen las enseñanzas de Cristo en su Santo Evangelio, son:

En primer lugar, la doctrina de la fe, o sea la doctrina de las verdades religiosas, que hemos de creer con nuestra fe.

En segundo lugar, la doctrina de la moral y de la perfección cristiana.

Y, finalmente, la doctrina del culto cristiano, por el Sacrificio Eucarístico, los Sacramentos y la oración.

Pues bien, las Bienaventuranzas son lo segundo; son los principios fundamentales de la moral cristiana y de la perfección de esta moral, que es la verdadera santidad; son las máximas morales, aun de mayor perfección, del Reino de Cristo, diametralmente opuestas a los principios y máximas del mundo y de su Príncipe, que es Lucifer. En una palabra: Cristo en las ocho Bienaventuranzas asentó las bases de la moral práctica del Cristianismo.

Ahora bien, la doctrina moral de una religión, antes que nada, debe fijar y proponer el fin último de nuestra vida; y luego, señalar el camino, o los medios, para conseguir el último fin.

Y esto es lo que hace Cristo en las ocho Bienaventuranzas. En ellas nos revela claramente y nos propone de una manera cierta y segurísima el fin supremo de nues-

tra vida, la meta o término de nuestra peregrinación terrestre; y juntamente los medios para alcanzar el fin, los caminos seguros que nos llevan a él.

FIN DE LA VIDA Y MEDIOS CONDUCENTES

1.º El fin de nuestra vida es la vida eterna en el cielo; o sea la posesión de Dios por visión directa, amor perfecto y fruición dichosísima; en lo que consiste la participación completa, consumada y eterna de la misma vida Trinitaria de Dios, y por ende la participación de su misma divina felicidad.

Tal es ciertamente el fin de nuestra vida, que Cristo vino a revelarnos; pero de un modo expreso y directo, y de una manera asequible a todos, prefirió Cristo cifrar el fin último de nuestra vida, de entre todas las cosas que acabamos de indicar, en una sola; el fin de nuestra vida es un conjunto de Bienaventuranzas; es la consecución de la felicidad; la verdadera, la perfecta, la eterna.

Y cierto que el haber comenzado nuestro Divino Maestro, Cristo Jesús, su doctrina moral por la cuestión de la felicidad, enseñándonos en qué consiste la felicidad auténtica y verdadera, dónde está, por qué caminos se llega a poseerla, con qué medios se alcanza seguramente, fue un grandísimo acierto de su sabiduría y de su bondad; pues así como la aspiración más profunda, el deseo más vivo y el anhelo más ardiente del espíritu humano es la felicidad, la dicha, la bienaventuranza; y por lo mismo lo que más nos importa sin duda ninguna es dar con ella para lograrla; es decir resolver el problema de cuál es la verdadera felicidad y como se consigue; así la más triste ignorancia es no saber dónde está y en qué consiste la felicidad verdadera; y el más funesto error, es equivocarse el hombre respecto de ella, pensando que es felicidad lo que no lo es, poniendo la dicha en donde no está, y buscándola por caminos que no llevan a ella.

Tal es la equivocación terriblemente funesta del mundo, que piensa estar la felicidad en cosas que ni la dan, ni la pueden dar, sino aparente y fugaz; y muchas veces en cosas que dan una felicidad engañosa, fementida y decepcionante.

Así, pues, la cuestión primordial e importantísima de la felicidad verdadera es la cuestión que como principio de sus divinas enseñanzas nos propuso el Divino Maestro, y nos la dejó resuelta para siempre, de un modo claro, sencillo y definitivo, en forma asequible a todas las inteligencias, e infundiéndonos juntamente a todos ánimo, fuerza y consuelo, pues al hacer brillar ante los ojos de nuestra alma la *verdad* de la felicidad, elevaba nuestro

corazón y lo llenaba de un vivo deseo y de una segura confianza de alcanzar el *bien* de la felicidad.

Y es muy de notar que esta felicidad o bienaventuranza, que nos enseña Cristo como fin de nuestra vida, nos la propone como un premio, una recompensa. Y aun esta recompensa de felicidad, este premio de bienaventuranza nos lo expresa Cristo, aun siendo propiamente una sola cosa en sí, pero en diversas formas, o bajo variados aspectos, perfectamente adaptado todo a las varias virtudes, a cuyo ejercicio o práctica, promete Cristo el premio de la felicidad, la recompensa de la bienaventuranza, como lo veremos después.

2.º Juntamente con el último fin de nuestra vida, nos enseña Cristo en las ocho Bienaventuranzas, los *medios* con los cuales alcanzaremos seguramente nuestro último fin, si en realidad procuramos, con la gracia divina, merecer por esos medios, el premio o recompensa de la vida eterna del cielo.

Los medios son de dos clases: en primer lugar, el ejercicio o práctica de las virtudes con las cuales alejamos de nosotros, y aun quitamos, suprimimos y desarraigamos los principales impedimentos, que después de la caída original, tenemos en la peregrinación terrena para merecer el premio y alcanzar la felicidad de nuestro bienaventurado fin. Estas virtudes son las opuestas a las tres concupiscencias desordenadas del mundo, de que tan al vivo nos habla San Juan (1.ª Ep., 2, 16); y que son nuestros principales obstáculos para que nuestra vida sea recta y ordenada, conforme al Evangelio, en seguimiento de Cristo y con su mismo espíritu. Para esto nos propone Cristo las tres primeras Bienaventuranzas. Y, en segundo lugar, removidos ya los obstáculos, nos enseña Cristo el ejercicio o práctica de las virtudes con las cuales, y ya de una manera enteramente positiva y directa, mereceremos el premio y alcanzaremos el bienaventurado fin.

En todo esto procede Cristo con admirable orden, que sorprende y encanta, al mismo tiempo que ilumina y conforta a quienes atentamente lo consideran, como lo vamos a experimentar, contemplando, como en visión celeste, los dos grupos, perfectamente distintos, en los que, conforme a lo que acabamos de indicar, se dividen las ocho Bienaventuranzas.

II. Proceso ordenadísimo de las Bienaventuranzas

Quien con atenta mirada las recorre, y reflexiona sobre ellas, cae en la cuenta de que efectivamente las tres primeras constituyen un grupo, que es del todo distinto del otro, formado por las cinco restantes.

Y en esto precisamente está la ordenadísima disposi-

ción con que Cristo nos las propuso; porque, en verdad, la vida recta y virtuosa, la vida santa a la que todos estamos llamados con universal vocación en la Iglesia de Cristo, consiste en estas dos cosas: apartarnos del mal, y obrar el bien. Así nos lo dice el Salmo 33 (v. 14), y se

nos repite innumerables veces en toda la Sagrada Escritura. Y hablando ya en términos más propios del Evangelio, esas dos mismas cosas nos las enseña Cristo con estas dos expresiones: renunciar al mundo, y seguirle a Él; no seguir las máximas, los principios, las costumbres del reino de Lucifer, que es el mundo; y abrazarnos con las máximas, los principios, las costumbres del Reino de Cristo.

Empero cuando Cristo, en las Bienaventuranzas, nos propone el mal que hemos de evitar, no se refiere de un modo directo al mal por antonomasia, que es el pecado, sino a las cosas que nos llevan a ese mal supremo; o sea, a las máximas erróneas y a las concupiscencias desordenadas del mundo. Es preciso no dejarnos llevar de ellas, es necesario renunciar a ellas. Y asimismo al proponernos Cristo el bien que hemos de obrar, lo cifra todo en que imitemos sus virtudes, en seguimiento animoso de Él y de su vida, adheridos a Él por amor y semejanza, fundado todo en la fe en Él. Así viviremos con su espíritu.

Veamos, pues, el significado de cada una de las Bienaventuranzas, en sus dos tan destacados grupos; y esto, tanto en la virtud que cada una contiene, como en la recompensa bienaventurada que expresa. Así apreciaremos el proceso maravillosamente ordenado con que Cristo nos las enseñó, y con ellas, los caminos reales que nos llevan a Cristo, las virtudes cristianas con cuya práctica pertenecemos propiamente a su Reino, las áureas sendas de la eterna felicidad.

A) Primer grupo

Siendo las Bienaventuranzas el ejercicio de las más excelentes virtudes, con las cuales, durante esta vida temporal, nos preparamos y merecemos la eterna felicidad, es cosa clara que esta preparación ha de consistir, primeramente, en remover los obstáculos, en quitar los impedimentos del seguimiento de Cristo, que es nuestro único Camino, Verdad y Vida.

Estos impedimentos son las tres concupiscencias del mundo, de que nos habla San Juan: a saber: el deseo y afán desordenado, desmedido, desorbitado de los bienes materiales, cuanto a su valoración y cuanto a su uso; el anhelo desordenado de las honras mundanas, de prevalecer, de dominar, aunque sea por la fuerza y la violencia; y el deseo desordenado y excesivo de los placeres, diversiones, gustos de la carne.

a) La primera bienaventuranza es "*la pobreza de espíritu*", o "*según el espíritu*"; es decir, la pobreza espiritual, o también la efectiva, escogida o aceptada por inspiración del Espíritu Santo, o sea por motivos sobrenaturales. En ella, ¿qué nos propone y nos pide Cristo? Ante todo, la pobreza espiritual; esto es, un prudente aprecio de los bienes terrenos, una valoración justa y sabia de los bienes materiales, de las riquezas, del dinero. Esto, cuanto al criterio. Además, cuanto al afecto, que mantengamos nuestro corazón despegado de ellos, tanto si en realidad los poseemos, como si no. Si carecemos de

tales bienes, no debemos por eso tenernos por desgraciados y correr desafortadamente tras ellos; y si los poseyéremos, no debe nuestro corazón depender de ellos, vivir esclavo de ellos. Y cuanto al uso, contentarnos con lo necesario y conveniente, y evitar todo exceso, lujo y despilfarro. A base de esto, la pobreza espiritual es ya perfecta cuando por motivos de orden sobrenatural, y bajo la inspiración divina, nos desprendemos de los bienes temporales, renunciamos a ellos y abrazamos la pobreza efectiva. De todos modos, ser un cristiano en verdad pobre de espíritu equivale a no tener el corazón cautivo de los bienes materiales.

Tal es la primera ley fundamental del Reino de Cristo, frente al mundo, el cual aprecia por encima de todo las riquezas temporales, las busca con desmedido afán, y sea como sea, y pone en ellas toda su confianza y toda su dicha.

b) A la segunda concupiscencia del mundo, que es el afán desmedido y desordenado de dominio, de prevalecer sobre otros, de brillar y figurar por encima de los demás, y esto aun con el uso de la fuerza y de la violencia, todo lo cual es ciertamente un gran impedimento para seguir a Cristo, opone Él en la 2.^a Bienaventuranza la virtud de la mansedumbre, que refrena y regula la ira desordenada, domina interiormente los resentimientos, los rencores y deseos de venganza, y aplaca las muestras externas de cólera vengativa. Esta mansedumbre cristiana se funda en la humildad y en la paciencia, y hace que domine en todo tan sólo la justicia y el derecho, la verdad y la caridad.

c) "*Bienaventurados los que lloran*". El llanto y las lágrimas son la señal natural y espontánea de la tristeza del corazón, de los dolores y de las penas de alma y cuerpo. Mas en esta tercera Bienaventuranza no se refiere Cristo a la melancolía sentimental, al fastidio y abatimiento del ánimo, a la depresión del corazón; se refiere a las lágrimas que proceden de una tristeza santa, de un dolor y de unas penas por causas razonables y justas, y más si son por motivos sobrenaturales; a saber: por nuestros propios pecados, con los que hemos ofendido tanto al Señor y hemos correspondido tan mal a su inmenso amor; también por los pecados que se cometen en el mundo y especialmente en la Iglesia; asimismo por las tribulaciones y calamidades de todo género, tantas y tan grandes, que afligen a nuestros hermanos los hombres; y finalmente, y sobre todo, dolor, pena interna y lágrimas por la Pasión y Muerte de Nuestro Redentor.

De esta tristeza santa, que nos hace bienaventurados, procede el espíritu de reflexiva gravedad, con el que tomamos la vida en serio, sacamos partido de las desgracias y tribulaciones de esta vida temporal, nos sentimos como desterrados en este valle de lágrimas; y al usar con moderación y sobriedad de los bienes terrenos, evitamos muy eficazmente todo exceso en los placeres, gustos y diversiones del mundo, y el alocado proceder de la gente aturdida. Es que esta 3.^a Bienaventuranza es todo lo contrario de la pasión desordenada y desenfrenada de los placeres de los sentidos, de los gustos de la

carne, de las diversiones inmoderadas, con todo lo cual el mundo pretende convertir la vida en una perpetua diversión y aun en una continuada orgía, como si los placeres sensuales y sexuales fuesen el único fin de la vida humana.

Con las virtudes que Cristo nos propone en estas tres primeras Bienaventuranzas, opuestas a la triple concupiscencia del mundo, alejamos de nosotros y aún suprimimos el triple impedimento que ellas encierran para la vida cristiana en seguimiento de Cristo. Quitados los obstáculos, ya podemos seguir a Cristo con su mismo espíritu, en el ejercicio de las virtudes que de una manera positiva nos hacen parecidos a Él, y nuestra vida semejante a la suya.

B) Segundo grupo

Todavía se muestra más admirable el orden con que procede Cristo en las cinco restantes Bienaventuranzas, que forman claramente como un segundo grupo de ellas. Veámoslo.

a) Ante todo, nos propone Cristo la aspiración sincera, viva y activa, como de hambre y de sed, a la virtud, a toda virtud, a la perfección de las virtudes, o sea a la santidad cristiana, a semejanza de Él y de su santísima vida. Y con la aspiración, el esfuerzo para ir alcanzando esa santidad; esfuerzo como el de quien teniendo hambre y sed, se esfuerza por satisfacerla; esfuerzo que se muestra en poner diligentemente por obra los medios, tan excelentes y eficaces, que Cristo nos dejó para nuestra salvación y santificación. Tal es la 4.^a Bienaventuranza.

b) Después de esto primero, que es todavía como una virtud general y previa para todo lo demás, nos concreta y especifica Cristo en qué consiste la santidad cristiana, en lo cual juntamente tenemos los caminos más seguros para alcanzar con el logro de esa santidad, la felicidad verdadera.

Esto lo hace Cristo proponiéndonos, en primer lugar, dos grandes virtudes, de las que tanto nos habla Él en su Evangelio; y, en segundo lugar, nos enseña la manera práctica de asociarnos nosotros a la vida de Él, participando de su misma obra de salvación, y de su misma suerte, la persecución en la tierra.

1) Las dos grandes virtudes son: primeramente el amor verdadero al prójimo, a todos los hombres, nuestros hermanos; amor demostrado en las varias obras de misericordia, tanto las espirituales como las corporales; lo cual juntamente es la señal inequívoca y la prueba eficaz de nuestro verdadero amor a Dios, como el mismo Cristo nos lo dijo, y después nos lo explicó San Juan. Esta es la 5.^a Bienaventuranza. Y la segunda gran virtud es que, mientras atendemos y ayudamos a nuestros prójimos con sincero amor de eficaz misericordia, no nos descuidemos de nosotros mismos, sino que procuremos tener en todas las cosas intención pura, afectos limpios, costumbres castas; o sea la pureza de corazón. Es la 6.^a Bienaventuranza.

2) Nos levanta finalmente Cristo en las dos últimas Bienaventuranzas, la 7.^a y la 8.^a, a lo más alto y perfecto a que se puede elevar nuestra vida; es decir, a que vivamos asociados al mismo Cristo y a su vida; y la manera práctica de vivir asociados a Cristo y a su vida consiste en que participemos nada menos que de su misma obra (7.^a Bienav.), y de su misma suerte (la 8.^a).

Efectivamente, con la 7.^a vivimos asociados a Cristo, al participar de su misma obra de salvación; es decir, el hacer nosotros, con Él y en Él, obra de paz, que es lo que Cristo vino a hacer en el mundo, como lo cantaron los Ángeles en su santo Nacimiento. Ahora bien, la paz es la tranquilidad del orden, como la definió acertadamente San Agustín; y el orden consiste, según lo expone inimitablemente el mismo gran Doctor, en que nosotros mismos, ordenando y componiendo todos los movimientos, afectos y sentimientos de nuestro ser, y sometiéndonos a la razón, o sea a la mente y al espíritu; y procurando tener domadas las carnales concupiscencias, quedemos hechos Reino de Dios; en el cual están de tal manera ordenadas todas las cosas, que aquello que en el hombre es lo principal y lo más excelso, eso sea lo que impere y domine, no estando en oposición, sino quedando sometidas las demás fuerzas que nos son comunes con los irracionales; y que eso mismo que es lo más excelente en el hombre, es a saber la mente y la razón, se someta libre y voluntariamente a lo que es incomparablemente mucho más excelso, la misma Verdad, el Unigénito Hijo de Dios; porque ni tampoco podremos dominar nuestras fuerzas inferiores, si no nos sometemos al que está sobre nosotros, el Rey Divino. Tal es el orden de cuya tranquilidad procede la paz; y tal es la paz que se da en la tierra a los hombres de buena voluntad, a los que ama el Señor; y ésta es la vida del consumado y perfecto sabio, con verdadera sabiduría; porque en la paz está la perfección, donde nada contradice o se opone de cuanto debe ser sometido; cuando nada en nosotros resiste o se opone a Dios. Y una vez hecha esta obra de paz dentro de nosotros mismos, y respecto de Cristo-Dios, ya podemos, imitándole a Él, y participando de su obra de pacificación, tener paz con nuestros prójimos y llevarlos a la paz (Cfr. S. Aug., L. 1 de Serm. Dom. in monte, c. 2).

Este orden, del cual procede la paz, lo perturbó y lo destruyó el pecado, por la soberbia, manifestada en la desobediencia; pero lo rehizo y restauró Cristo, con su humildad, mostrada en la perfecta obediencia. Así obró la paz completa, pacificando cielo y tierra; y esta paz que Él obró y nos mereció, también nos la dejó en herencia: "*Mi paz os dejo, mi paz os doy*" (In., 14, 27). Pues como Cristo hizo obra de paz, así nosotros, asociados a Él, participaremos de su obra de paz, si la procuramos, como se nos dice en la 7.^a Bienaventuranza.

Y, finalmente, viviremos asociados a Cristo, participando no tan sólo de su misma obra, sino también de su misma suerte, que fue la de ser siempre perseguido, como se ve en todo el Evangelio, y la de sufrir toda persecución con paciencia humilde, resignada, constante e

invicta, si, a su imitación y para más asemejarnos a Él, soportamos y padecemos con parecida paciencia las persecuciones que de una parte o de otra, de un modo u otro, nos sobrevengan por la justicia; es decir, por ser fieles a nuestra fe cristiana, por la práctica de las virtudes cristianas. Y esto es la 8.^a Bienaventuranza.

Es, pues, maravilloso el orden con que procede Cristo al proponernos en las ocho Bienaventuranzas el fin de nuestra vida, la eterna felicidad, y los caminos para alcanzarla. Y aun la misma bienaventurada felicidad nos la designa Cristo en forma perfectamente adaptada a cada caso.

C) Recompensa peculiar para cada Bienaventuranza

En la 1.^a nos asegura Cristo que la recompensa de felicidad eterna es el "*Reino de los cielos*"; premio de la pobreza de espíritu; porque aquí "*Reino*" significa riquezas celestiales, abundancia plenísima, tesoros inamisibles; que es todo lo opuesto a la pobreza, y por consiguiente lo más apropiado como recompensa o premio de haber ejercitado en la tierra la virtud de la pobreza de espíritu.

En la 2.^a se nos propone la recompensa de dicha eterna como la tierra de promisión, la verdadera Patria y Patria bienaventurada, con la posesión de todos los bienes de Dios, en premio de la virtud de la mansedumbre y de lo que ella significa y lleva consigo.

En la 3.^a el premio de la vida eterna se nos presenta como el consuelo; es decir, que el cielo es el lugar feliz del consuelo verdadero, de la alegría santa, del gozo completo y perdurable, que llena perfectamente al alma, y aún redundante en el cuerpo glorificado; y todo esto en premio de las lágrimas resignadas y de la tristeza santa de nuestra peregrinación terrena.

En la 4.^a la recompensa de felicidad es la hartura; o sea el ser satisfechos y saciados en el cielo todos nuestros más vivos deseos y ardientes aspiraciones: de verdad, de hermosura, de todo bien, de felicidad perfecta; premio adecuado a la virtud de haber vivido en la tierra con hambre y sed de virtud y santidad.

En la 5.^a el premio de haber sido nosotros misericordiosos con nuestros prójimos necesitados, será, por de pronto, que en el juicio, después de nuestra muerte, tendremos en Nuestro Divino Redentor, no un Juez inexorable, sino un Juez comprensivo y misericordioso, que

nos abrirá las puertas del Reino eterno; y allí nos dará a gozar todos los frutos de su infinita misericordia, convirtiendo nuestras pasadas miserias de la vida terrena en la plenitud de los bienes de la vida celestial.

En la 6.^a, y como recompensa de la pureza de corazón, tendremos el honor y la dicha de ver a Dios en el cielo; de verle cara a cara, sin velo alguno, sin enigmas ni figuras, sino tal como es; y contemplar fruitivamente en Él la verdad, la belleza, la bondad infinita.

En la 7.^a se promete como premio a los que hayan hecho obra de paz, la inmensa dicha de tener una perfecta semejanza con Dios, cual es la de los verdaderos hijos de Dios, establecidos dichosamente en su Reino eterno, y para pertenecer por siempre a él, en el lugar felicísimo de la más perfecta paz, conjunto de todos los bienes.

Y, finalmente, en la 8.^a se nos recuerda que todo lo anterior lo poseeremos felizmente en el Reino de los cielos, que nos ha prometido Cristo en la 1.^a Bienaventuranza; pero ya ahora, en la 8.^a, como el lugar del descanso completo, de la seguridad imperturbable y del triunfo gloriosísimo y perpetuo, el que es propio de "la corona de justicia", en premio de haber vivido en la tierra asociados a Cristo por la participación de su misma suerte, que fue de persecución constante y de tenaz oposición por parte del mundo y de su Príncipe, Lucifer.

En resumen, una misma y única felicidad, participación inefable de la felicidad perfecta de Dios, en la vida eterna del cielo, nos la expresa Cristo en la forma tan hermosa como acabamos de ver, y de un modo tan magníficamente apropiado como recompensa al ejercicio de las virtudes, también varias, que son los caminos por donde llegamos a la felicidad bienaventurada.

Con plena razón y con soberano acierto, el Concilio Vaticano II, al establecer en su Constitución dogmática "*Lumen gentium*", c. IV, la diferencia entre los laicos, los miembros del Orden sagrado, y los del Estado Religioso aprobado por la Iglesia, nos ha dado esta gran lección, que puede ser la mejor conclusión de este artículo sobre la fe en las Bienaventuranzas: "Los Religiosos, en virtud de su estado, proporcionan un preclaro e inestimable testimonio de que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las Bienaventuranzas" (n. 31).

ROBERTO CAYUELA, S. J.

Viene de la pág. 168)

hay una cabeza rectora, vivificadora y salvadora, que es el mismo Cristo. De parecida manera en la familia, el padre es la cabeza, que a su modo debe también ejercer un influjo benéfico positivo en todos los miembros que la componen. A él deben

obediencia la esposa, los hijos y la servidumbre. Pero una obediencia fundada en un principio sobrenatural, es decir, en que hace las veces de Cristo, a quien representa.

Cristo amó a la Iglesia, como a su esposa, con un amor sacrificado has-

ta la muerte. *Amó a la Iglesia y se entregó por ella* (Ef 5, 25). También el marido ha de amar a su esposa no sólo de palabra, sino con las obras, con el sacrificio de sus gustos y comodidades y aun de su misma vida, si fuera necesario.

SEVERIANO DEL PÁRAMO, S. J.

Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Comillas

S O L E T A T

Las Religiosas del Real Monasterio de San Juan de Jerusalén, Orden de Malta, que están al cuidado del monumento al Sagrado Corazón erigido en las afueras de Gandía (Valencia), nos envían esta colaboración que refleja el ambiente espiritual de su vida solitaria y contemplativa.

Soletat, ma dolça aimia, que me'n fas de companyia,
que bé estic al teu redós;
que'm plau a ton sí, llançar-me, i poguer embolcallar-me,
en ton mantell silenciós.

Reclosa en el santuari, com estic prop del Sagrari,
ja no desitjo res més,
l'ànima viu enlairada, de tot per sempre allunyada,
com si el món no existigués,

No més ne té una fat-lera, no més somnia i espera,
aquell dia tan feliç,
el dia en que finida, la ruta d'aquesta vida,
se'n pujarà al Paradís.

De Jesús en la presència, vaig desgranant ma existència,
a empentes i redolons,
lluitant sempre cor-ferida, en les asprós de la vida,
i el vai-vé de les passions.

A voltes endormiscada, em plau alçar la volada,
per les grans immensitats,
i voreijant les carenes, contemplar les valls serenes,
on pasturen els remats.

I veure al lluny com blanqueija i al raix del sol lluyenteija
la castetat de la neu;
i em plauen les barrancades, els boscos i serralades,
car tot em parla de Déu;

del seu poder sempre parlen, les ones del mar que avensen,
amb son ritme acompassat,
i aquella blavor immensa, amb una estranya cadença,
diu que tot és vanitat.

Vanitat és la riquesa, la hermosura i la nobleça,
car tot fineix en la mort;
i del ric i del captaire, no'n quedarà abans de gaire,
ni tan sols el seu record.

I, mig cloent, les parpelles, em plau mirar les estrelles,
en la calma de la nit,
eixa volta lluminosa, que senyala misteriosa,
els camins de l'infinit.

Oh!, com brolla la plegària, en la celda solitària,
quant tot reposa al Convent.
que'm plau viure allí olvidada, i estar sempre volteixada,
d'aquest silenci imponent.

Soletat, ma dolça aimia, que me'n fas de companyia,
quin tresor és més preuat,
jo, vull que guïis mos passos, i que adormint-me en tos
desperta a la Eternitat. [braços,

SOR M.^a ASSUNTA FONTS
Sanjoanista

Real Monestir de S. Joan
Gandia, València

OBSERVAMOS UN FENOMENO DE TIMIDEZ Y MIEDO...

PAULO VI

“Ciudad del Vaticano, 20 mayo. — La verdad de la fe como base fundamental de nuestra vida ha sido el tema del discurso pronunciado esta mañana en la Basílica vaticana por Su Santidad el Papa durante la audiencia general concedida a millares de fieles procedentes de diversos países.

Después de recordar la frase pronunciada por él mismo en el último consistorio — “la actual hora histórica exige de todos los hijos de la Iglesia una gran valentía especialmente para la defensa de la verdad” — añadió: “Es tan importante este deber de profesar valientemente la verdad, que el mismo Señor lo definió como la finalidad de su venida a este mundo”.

Añadió que “esta verdad de la fe se presenta, hoy más que nunca, como la base fundamental sobre la que debemos construir nuestra vida”. A este propósito hizo notar que hoy “observamos un fenómeno de timidez y de miedo, de incertidumbre, ambigüedad y compromiso... Hoy la verdad está en crisis. A la verdad objetiva, que nos hace conocer la realidad, le sustituye la subjetiva: la experiencia, la conciencia, la libre opinión personal, cuando no es la crítica de nuestra capacidad de conocer, de pensar válidamente. La verdad filosófica cede el paso al agnosticismo, al escepticismo, al snobismo de la duda sistemática y negativa... y con la crisis de la verdad filosófica, la verdad religiosa se ha derrumbado en muchas almas que no han sabido ya sostener las grandes e importantes afirmaciones de la ciencia de Dios, de la teología natural, mucho menos las de la teología de la Revelación”.

Paulo VI prosiguió refiriéndose concretamente a algunos ejemplos en los que aparece que “la verdad cristiana sufre hoy sacudidas y crisis pavorosas. Hay quien busca — dijo — una fe fácil tratando de vaciar la fe íntegra y verdadera de aquellas verdades que no parecen aceptables a la mentalidad moderna, y escogiendo arbitrariamente algunas verdades consideradas admisibles. Otros buscan una fe nueva, especialmente respecto a la Iglesia, tratando de adaptarla a las ideas de la sociología moderna y de la historia profana... Otros quisieran confiarse a una fe puramente naturalística y filantrópica, de una fe útil, porque está fundada sobre los valores auténticos de la misma fe, los de la caridad, pero erigiéndola a culto del hombre y olvidando su valor primero que es el amor y culto de Dios. Y otros finalmente, con una cierta desconfianza hacia las exigencias dogmáticas de la fe, con el pretexto del pluralismo, que consiente estudiar las inagotables riquezas de las verdades divinas

y expresarlas en diversidad de lenguaje y mentalidad, quisieran legitimar expresiones antiguas e inciertas de la fe, contentarse con su búsqueda para sustraerse a su afirmación, pedir a la opinión de los fieles qué es lo que quieren creer, atribuyéndoles un discutible carisma de competencia y de experiencia, que expone las verdades de la fe a las arbitrariedades más extrañas y volubles”.

Hace ya cuarenta años (o más) que, de una boca, infinitamente menos autorizada — porque la que ahora habla, es la del Papa —, pero con algo, no sabemos qué, de profética, oíamos, adelantadas, exactamente estas mismas palabras, este mismo clamor.

Rogamos al lector que pese todos y cada uno de estos párrafos, gravísimos en profundidad y contenido. No. A Dios no le “hacemos” nosotros por una evolución o búsqueda de nuestra tan contingente conciencia. Dios existe, y nada menos que “en Sí”, y por tanto eternamente. No es una creación subjetiva de nuestra mente. Tampoco lo son las verdades eternas, aquellas que los catecismos de otrora — hoy objeto de irrisión — denominaban “Novísimo” (¡y que siguen siéndolo!). Muerte, Juicio, Infierno y Gloria, hoy, repetimos, al parecer, “incompatibles” con la llamada “mentalidad” moderna. La realidad no depende de nuestros “subjetivismos”. De acuerdo, o no, con ellos, la realidad, que es la verdad, al fin y al cabo, existe.

No era el Padre Orlandis, de quien oíamos estas mismas fecundas expresiones hace cuarenta o cincuenta años, lo que podríamos llamar un “Profeta de desgracias”, sólo atento al lado negativo. No, Por esto, desde el Cielo, no puede él — ni nosotros sus discípulos — gustar de la triste “revancha” de ver que sus negros presagios se cumplen, pese a que no fueron escuchados por nadie, comenzando por superiores y jerarquías que hubieran debido escuchar mejor y atender su venerable voz, que se avanzaba a los tiempos denunciando la aparición de todas las subversiones, “entre tantas otras — clamaba, por ejemplo — las del culto a la fealdad, la del culto a la duda, con la ofensiva contra todo lo básico, comenzando contra toda certeza, incluyendo — como hacía agudamente constar — la propia certeza matemática.

Y nosotros, con él, no nos gozamos en nuestro triste triunfo, el que quizá se nos haya achacado, al atribuirnos el papel — que cordialmente abominamos — de “profetas de desgracias”, al que nos vemos forzados, sin embargo, representar, al honrarnos en hacernos su eco.

Desde el Cielo, nuestro Padre, apenado — si es que

Allí cabe, y, dado lo que es este sublime misterio de la Comunión de los Santos, cada vez más incomprendido cuando queremos hacernos todos tan naturalísticamente "comunitarios", quizá bien posible — por el cumplimiento de sus dolorosas profecías, es bien seguro no se goza en el triunfo intelectual de su aguda penetración y entendimiento: por el contrario, nos lo imaginamos mejor entre aquellas almas exquisitas y santas que nos presenta, intercediendo, el Águila de Patmos ante el Altar del Cordero: "¿Hasta cuándo, Señor justo y veraz, difieres hacer justicia...? (Apoc. 6-10). Él intercede para que acabe pronto este tiempo actual, trágico, de desorientación y de tinieblas.

Pero nosotros tenemos prenda que no nos abandona el gran Corazón de Aquel que, testimonio heroico hasta la muerte, Campeón de la verdad, exclamara: "Yo, para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimo-

nio de la verdad (Joh. 18-37)". Vela para salvarnos. Precisamente porque naufragamos, y, como Pedro, clamamos a Él, "¡sálvanos, Señor, que perecemos!", no dudamos que, en esta hora de abominación a la que nuestros pecados nos han merecidamente conducido, aquel gran Corazón nos sacará del abismo, de este abismo en que hemos caído, cuando el Sucesor del Pescador reconoce que, como nunca, "la verdad cristiana sufre hoy sacudidas y crisis pavorosas".

Ante la aberración general de mentes y de cerebros, un Corazón — el único que puede hacerlo — precisamente en la infinita misericordia que reclama nuestra infinita miseria, vendrá en nuestro auxilio. Y ésta es otra profecía — y no precisamente profecía de desgracia — que nos dejó, en Legado, nuestro padre, para que la recordásemos cuando llegase el momento. ¿Y no parece que haya llegado ya?

UN DISCÍPULO

ENSEÑANZAS DEL EPISCOPADO ESPAÑOL SOBRE EL CULTO AL CORAZÓN DE JESÚS

El amor de Dios en el Corazón de Cristo, es lo que necesita el mundo, lo que desvanece el falso concepto de Dios; es nuestra esperanza y la síntesis de la religión

El mundo necesita un verdadero amor. Es innumerable el número de los desilusionados, el de los que viven sin saber para qué viven. Sólo volviendo el hombre a Dios puede aspirar a la paz...

Hay una tendencia a hacer a Dios y a Cristo algo abstracto e impersonal. Saliendo al encuentro de este peligro, Jesucristo se nos pone ante nuestros ojos mostrándonos su Corazón abierto. Por Jesucristo se nos ha revelado que Dios es amor y que es amor de persona a persona.

Por encima de cualquier circunstancia histórica, de cualquier contingencia temporal, el amor que Dios tiene al hombre, y que se nos muestra en Cristo, al que dio un corazón humano, será nuestra esperanza, nuestro refugio y el modelo de toda vida cristiana.

El interés continuamente manifestado por los Sumos Pontífices para que se reavive la devoción al Corazón de Jesús, se explica porqué esta devoción contiene los valores esenciales de la vida cristiana.

Exhortamos a todos los fieles a aprovechar esta ocasión para asimilar el verdadero sentido de la devoción al Corazón de Jesús. Es ésta una ocasión propicia para releer y difundir los grandes documentos pontificios sobre materia, en particular: "Haurietis Aquas", de Pío XII, e "Investigabiles divitias", de Paulo VI.

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XXII

ITALIA: ETERNO CORAZON DE EUROPA, Y MEDIOCRIDAD ETERNA

Un corazón que casi cesó de latir...

Es un fenómeno histórico que ha sido, creemos, poco ponderado, el hecho de que, precisamente al cobrar la Península itálica lo que llamamos su unidad nacional, y convertirse, más nominalmente que en realidad, en una de las "grandes potencias", es cuando deja de ser el centro de la vida y de la política europeas, para pasar a desempeñar un papel secundario. Tenía sin duda mucha más importancia aquella Italia, a la que Metternich —también un tanto pedantemente— minimizaba como una "simple expresión geográfica", que la nueva. Y es que la antigua, reducida a un mosaico al parecer, desempeñaba un auténtico papel de centro del ajedrez europeo, al albergar los Estados de la Iglesia, con su peso internacional, las mejores provincias del Imperio austrohúngaro, el inquieto Piamonte, eterno "out sider" o fiel de balanza entre mayores poderes, y en fin, el Reino de Nápoles, sin duda lamentable y decadente, pero eterno peón de Inglaterra y de Rusia en sus influencias mediterráneas.

Todo este "corazón", antes campo vital donde se debatían y entrecruzaban, y luchaban los mayores designios políticos, sociales, y, sobre todo, religiosos, venía a convertirse ahora en una sola Nación, gran potencia teórica, potencia débil en realidad, predestinada ya de antemano a ser la última entre las de Europa y sin ningún peso decisivo ni determinante.

Los Crispi, los Giolitti, los Salandra: algo así como los nuestros, desde Sagasta a Romanones...

Necesariamente, desde 1870 hasta 1914, toda la vida y la actividad italianas se convierten en algo triste. Son los "parientes pobres" del concierto y del equilibrio europeo. Haciendo, como decíamos en nuestro anterior artículo, esfuerzos de flaqueza y cantando "dos de pecho" para disimular su impotencia, Italia debe esforzarse constantemente haciendo la "voce grossa" en la que nadie —los primeros los propios italianos—, nadie cree. Sin recursos económicos en su interior, con economía pobre, sin un ejército ni casi una marina apreciables, toda la vida política italiana viene condenada a arrastrarse en la mediocridad, a menudo sin mayor culpa de sus hom-

bres de estado. Algo así lo que ocurre, durante el mismo período, en nuestra también triste España. ¿Qué otra cosa pueden hacer los países pobres? El tipo de político italiano de la época es —sin que esto signifique que no existan con verdadero talento, ya que era hartamente más fácil en aquellas épocas distinguirse como ministro de la siempre próspera Francia, o de la poderosa Alemania, o de la imperial Inglaterra, que siéndolo de las citadas Italia o España—, el del "cuco", ducho en refriegos electorales, con una enorme experiencia basada en profunda "gramática parda", en el arte de capear, en el de salvar una situación endémica en un país sin dos reales, cargado de problemas económicos y sociales. En una palabra: la enumeración de los Depretis, de los Zanardelli, de los Sonnino, Luzzati, San Giuliano o Salandra, hasta incluso la del por muchos justamente abominado Crispi (entre todos el que pretendió tener más nervio), nos recuerda vividamente toda la "recua" que se extiende en la picaresca política española desde los años de Sagasta hasta el advenimiento de la Dictadura, desprovistos de todo estadista si se exceptúa a Canalejas y a Maura (y aún éste bien ineficaz), y cuyo exponente máximo de *pícaro típico* fue el Conde de Romanones, no sólo en lo moral, sino incluso en lo físico. Claro que salvando una diferencia grande por lo que a la política exterior respecta: España, con un "complejo" de replegarse en sí misma en ocasión de su último desastre colonial. Italia, con el opuesto "complejo" perfectamente insincero) de creerse en la obligación de expansionarse en algún modo hacia improvisadas colonias, lo que le complicaba su vida exterior metiéndola en aventuras desproporcionadas a sus escasas fuerzas, y lo que la predestinaba también a salir siempre apaleada.

Formación de la "tríplice"

Tras los primeros años que podríamos llamar de "organización" del nuevo flamante Estado italiano, que son los últimos de la vida de Víctor Manuel II, comienza, o mejor dicho, se renueva la adhesión del mismo a la poderosa Alemania. Siempre dispuesta la casa de Saboya a arrimarse al sol que más calienta, no era difícil prever que lo había de hacer hacia el grande Imperio, continentalmente hegemónico, que acababa de crear Bismarck, tanto más cuanto que, como hemos visto en an-

teriores artículos, éste llevaba su inaudito cinismo a hacer creer a Italia que sólo una protección germánica podía conservarles la usurpación de Roma, que les señalaba "amenazada" de nuevo por renovadas intervenciones francesas, so pretexto de la reacción hacia la derecha que se observó en ella durante los primeros tiempos de su III República. Y, como que, realmente, a Italia, que había "comenzado" a hacerla Francia y Napoleón III, la había "acabado" la Alemania prusiana, era muy propio de la casa de Saboya olvidar los "antiguos" "beneficios" para continuar dentro de la esfera de los más "recientes", sobre todo si el poderío tudesco era ahora superior al francés.

Ello explica que ya en 1873 Víctor Manuel II, acompañado de sus Ministros Minghetti y Visconti Venosta (éste último, sin duda, el diplomático de más relieve en la Península después de Cavour) visitara Berlín. En 1876 sube Depretis, que inaugura la larga serie de los políticos-mediocridades a que nos hemos referido antes. Entre tanto fallece aquel Rey, sucediéndole Humberto.

Y se produce una serie de sucesos que venían a colaborar en la siempre maquiavélica gestión bismarkiana. Francia es siempre muy amiga de los pueblos y de la libertad... cuando no chocan con sus intereses. En este tiempo, el nunca satisfecho imperialismo galo, meditaba la conquista de Túnez, disimulada bajo las consabidas fórmulas de protectorado, de civilización, etc. Túnez, en realidad, había sido colonizado por el callado y sufrido trabajo de 20.000 italianos. Francia cometió, por tanto, una verdadera expoliación de los intereses de aquella mísera masa de trabajadores. Bismarck daba a entender a Italia que podría hallar su revancha. Inglaterra, de otra parte, mucho más amiga entonces de Alemania que de Francia, parecía dar esperanzas al Gobierno peninsular de alguna expansión mediterránea o africana... Por todas estas razones, Italia se fue inclinando hacia lo que hoy llamaríamos "Eje" Berlín-Viena (la sólida y básica alianza germano-austríaca, obra maestra de Bismarck), olvidó momentáneamente su fricción con el Imperio bicéfalo y las regiones irredentas del Trentino y de Trieste, y, en 20 de mayo de 1882 constituía y ampliaba aquél antes citado "Eje" y alianza con la "Triplice", es decir, con el bloque "Alemania-Austria-Italia", que constituía, realmente, una formidable y definitiva roca, totalmente imbatible, en el Centro de Europa.

Crispi y la aventura de Abisinia

Efectivamente, en esta época de los Depretis, Inglaterra, a guisa de limosna, consintió a Italia el que sus buques pudiesen atravesar el canal de Suez, y establecerse tímidamente en Massaua. Contaba, la pérfida Albion, con disponer, con ello, caso de necesidad, de algunos mercenarios más para sus conquistas en el Alto Egipto y en el Sudán. Y aquí ya comenzaron las fatigas para los pobres italianos, que, al querer penetrar por primera vez en Etiopía, ya fueron batidos, aun cuando de mo-

mento sin mayores consecuencias, en Dogali. Todo esto convenció una vez más al Rey Humberto de la necesidad, ante la conciencia de su inferioridad militar, de seguir "arimada" a Alemania dentro de la "Triplice", que se fue renovando periódicamente. Era en 1887.

Entonces fallece Depretis, que por lo menos era discreto, y le sucede el famoso Crispi. Antiguo garibaldino, no sabemos pronunciarnos en si realmente poseía nervio político, o era un vulgar fanfarrón. Perteneciente a la típica escuela del viejo "Condottiere", con su paradójico odio a Francia de quien no olvidaba la floja protección que había concedido al Pontífice Pío IX, Crispi, también paradójicamente, pues era el prototipo del masón y del anticlerical trompetero, resultaba, con todo esto, el campeón de la germanofilia y de la aproximación hacia los Imperios autoritarios. Acaba la década con alternativas políticas, si bien dominando la impronta crispiniana, y va apareciendo en escena Giolitti, el "prototipo" más "típico" del político "cuco" y socarrón, del "ir tirando", que había luego de dar carácter a su época.

Pero, entretanto (con la visita de Guillermo II a Italia en 1888), se va afianzando la colonización de la pequeña Eritrea, se empieza a poner el pie en otra región, igualmente pobre e inoperante de África, la Somalia, y todo ello determina, en uno de tantos "bandazos" políticos, otra subida al poder de Crispi, esta vez en 24 de noviembre de 1893. Y comienzan nuevos roces con Francia. Ésta incluso discutía a la pobre Italia su mediocre germanofilia de Crispi, pese a todos los vaivenes. Caído en 31 de enero de 1891, tras inevitables paréntesis de los Rudinis y Giolittis, vuelve Crispi. Y se emprende la loca aventura de intentar la conquista de Abisinia, flojamente apoyada por Inglaterra como hemos dicho antes. Era en 1895.

No hacía falta ser profeta para predecir que aquello acabaría mal. Lamentablemente equipado y peor dirigido por el general Baratieri, las tropas italianas intentaron adentrarse en territorio etíope, siendo aniquiladas en 1 de marzo de 1896 por las salvajes hordas del Negus Menelik. ¡Cuántos desgraciados "bersaglieri" dejaron sus huesos en el África calcinada! Huelga decir que la tragedia liquidó para siempre a Crispi. Otros ministerios, pese a la antes citada conducta de Francia, marcaron, con su aproximación a ella, un primer cambio de política. Italia comenzaba a perder confianza en la Triplice. El casamiento del entonces príncipe heredero Víctor Manuel con la princesa Helena de Montenegro, pequeño país enfeudado a Rusia, ya entonces aliada de Francia en un común denominador anti-alemán, era significativo. Y más cuando en 29 de julio de 1899 cayó el rey Humberto asesinado por el anarquista Cayetano Bresci y se coronaba el citado Víctor Manuel III, prototipo de monarca saboyano, quizá el que más veces, entre toda su cadena real, ha faltado a la fe y a la lealtad debida a sus aliados. Siguió falsamente—hasta 1914—él y sus Gobiernos manteniéndose "oficialmente" dentro de la Triplice; más nadie se fiaba ya de él.

La política anticlerical francesa, que al doblar el siglo llegó a su mayor exacerbación, era otro vínculo que unía la política italiana con Francia. Italia se olvidó muy pronto de las expoliaciones de que había sido víctima de parte de aquella última en Túnez y en Eritrea; sólo se acordaba, de nuevo, de la Italia "irredenta". Y es esto tanto más de admirar — y de advertir, aquí, una mala fe —, por cuanto, toda esta Italia "irredenta" se resumía a las solas ciudades y pequeña región de Trento, y de Riva (el Garda), realmente italianas y retenidas por el Austria, en tanto que jamás nadie osó reclamar la Riviera, de raza e historia italianas, y, sobre todo, la grande Isla de Córcega que de francesa ni tenía ni tiene nada, comenzando por la geografía. En cambio, las "reivindicaciones" italianas, injustamente obtenidas en Versalles en 1918-19, se extendieron al Tirol del Sur (alto Adigio) racial e históricamente germano-austriaco, y a la ciudad de Trieste, italiana sí, mas sin el menor interés en volver a serlo, ya que su mejor vida era la de constituir el puerto-emporio salida de todo el Imperio austro-húngaro, fuente por tanto de una actividad y prosperidad inigualadas. Mas la pasión antiaustriaca y la anticlerical eran poderosas. Curiosa y aún pintoresca esta última en un país cristiano hasta la médula en donde todos sus políticos "ateos" tenían hermanos o tíos frailes y monjas, y acudían frecuentemente a misa a hurtadillas, si no eran vistos.

El nuevo siglo

Bajo el equívoco de seguir en la Triplice, y la realidad de su aproximación a Francia e Inglaterra (éstas dos ya iniciando su "Entente cordiale"), toda la política siguiente, exterior, de Italia no podía ser ni menos elegante ni más vaga. Desde 2 de noviembre de 1901 en que vuelve a subir al poder, domina la cazurrería de Giolitti, hábil por lo menos en el difícil arte del ir tirando y que, si obraba poco lealmente con sus aliados de la Triplice (que se renovó una vez más, sobre el papel, en 1902) demostró, en 1914-15, lo que ya era algo, que personalmente no quería traicionarlos, lo que llevaron entonces — como veremos en su día — los Salandra y los Sonnino. Y en esta aproximación con Francia surge una inteligencia, siempre más tácita que explícita, que debía llevar a Italia a una nueva aventura. A su guerra con Turquía.

Prolegómenos de la guerra italo-turca

En su "complejo" colonial, Italia advertía que había llegado tarde. Nada podía esperar de Inglaterra, ya que de ésta nadie nunca sacó nada. Entre tanto, y con la excusa de la civilización, Francia se había apropiado un colosal Imperio colonial que abarcaba casi la mitad del continente negro. Quedaba un hueso, tan pobre que había sido desdeñado por todos: la Libia, comprendiendo lo que llamamos Cirenaica o Tripolitania, estéril y duro desierto, nominalmente bajo la soberanía de Turquía, de hecho poblada por las feroces tribus fanáticamente pan-islámicas conocidas como "senousistas". En esta triste, pero extensa zona, agricultores y pobres desheredados italianos había emprendido, como antaño en Túnez, una labor de colonización. Como recompensa para arrancar a Italia de la "Triplice", Francia e Inglaterra accedieron a "ceder" (naturalmente lo que no era suyo), este duro hueso, a condición de que Italia lo arrebatase del dominio del Sultán por su cuenta y riesgo.

Para Alemania el problema eran grande. Ella y Austria Hungría eran protectoras de la Puerta, por antagonismo con Rusia, protectora a su vez de los Países balcánicos. Y he aquí que su "aliada", Italia, se proponía arrebatar toda la Libia al dominio turco.

Todo ello explicó la posición turbia de Italia en la Conferencia de Algeciras. Ya en ella se vio que hacía el juego a Francia, contra los intereses germánicos que, por lealtad, hubiera debido defender. Entre tanto se sucedían los ministros de siempre: surgían Sonnino, Fortis, y, cuando las cosas iban peor, y había de poner otro parche, el inevitable Giolitti. Y menudean las visitas a París y a su vez de los Gobernantes franceses y otros a Roma; la más notable, como significativa de la aproximación hacia la "Entente", nada menos que la visita del Zar de Rusia a la Ciudad Eterna en 1909. En dicho 1909 ya nadie cree en la adhesión italiana a la Triplice; es más, Francia e Inglaterra bajo mano animan a Italia a su guerra contra Turquía, para castigar a esta última del ensayo, ya entonces en vía de realización, del ferrocarril B-B-B (Berlín-Bizancio-Bagdad) interpretado por la Gran Bretaña como un ensayo de penetración germánica hacia los caminos de la India.

El golpe de Agadir, en fin, en 1911, dejaba las manos libres a Italia. Comenzaba el nuevo acto.

(Continuará)

LUIS CREUS VIDAL



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

JUNIO

GENERAL. — Que los jóvenes defiendan sus justas aspiraciones con medios convenientes a su propio bien y al de la sociedad.

MISIONAL. — Por un fecundo progreso de los Institutos dedicados a ayudar a las misiones.

¿QUIEN MANDA EN CASA?

Con motivo del primer Congreso Internacional de la Mujer, celebrado recientemente en Madrid, se ha hablado y escrito sobre la potestad paterna y materna en la familia. Algunos han defendido que el padre y la madre deben ejercer por igual la jefatura.

No sé si todos los que se han ocupado de este tema, han tenido en cuenta la doctrina del Apóstol S. Pablo sobre el particular. El año 1959, con motivo del primer Congreso de la Familia Española celebrado en Madrid, publiqué un pequeño opúsculo titulado "La Familia cristiana según S. Pablo", que más tarde reproduje en el volumen 4.º de mi obra "Temas Bíblicos", pp. 67-84. Resumiré lo que hace a nuestro propósito.

Para S. Pablo la familia cristiana es una imagen o retrato de la Iglesia; mejor dicho, es una pequeña Iglesia. Las relaciones que han de existir entre los miembros de una familia, las funda el Apóstol en las que los miembros del cuerpo místico de Cristo, la Iglesia, tienen con Cristo, su cabeza.

Cristo es en la Iglesia la autoridad suprema y el lazo de unión entre los cristianos, puesto que la vida sobrenatural de que éstos participan, procede de él como cabeza de este cuerpo. Ahora bien, en la pequeña Iglesia, la familia, hay también una cabeza, un jefe, el padre, a quien todos los demás miembros están sujetos y deben obedecer. En primer lugar, la esposa debe estarle sujeta, como al mismo Cristo: *Las mujeres sométanse a sus maridos, como al Señor*. Y da la razón: *porque el varón es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia, el Salvador de todo el cuerpo. Y como la Iglesia se somete a Cristo,*

así las mujeres deben de la misma manera someterse a sus maridos (Ef 5, 22-24).

Esta sujeción de la esposa al marido, como jefe de la familia, la recomienda el Apóstol repetidas veces. Escribiendo a los Colosenses, dice: *Mujeres, someteos a los maridos, como conviene en el Señor* (3, 18). Y en la primera carta a los Corintios: *Quiero que sepáis que la cabeza de todo varón es Cristo, y cabeza de la mujer el varón* (11, 3). Entre las cosas que las ancianas quiere que enseñen a las esposas jóvenes, una de ellas es *que sean sumisas a sus maridos* (Tit 2, 5). La misma recomendación hace S. Pedro en su primera carta: *Así mismo, vosotras mujeres, estad sujetas a vuestros maridos* (3, 1).

León XIII en su Encíclica acerca del matrimonio, aludiendo a la doctrina de S. Pablo, dice: "El varón es el jefe de la familia y cabeza de la mujer, la cual, sin embargo, puesto que es carne de su carne y hueso de sus huesos, debe someterse y obedecer al marido, no a modo de esclava, sino de compañera, es decir, de tal modo que a su obediencia no le falte ni honestidad, ni dignidad". Y Pío XI en su célebre Encíclica *Casti connubii*, especifica los límites de la obediencia, que la mujer debe a su marido. "Tal sumisión, dice, no quita la libertad que en pleno derecho tiene la mujer, así por su dignidad de persona humana, como por sus nobilísimas funciones de esposa, madre y compañera; ni se la ha de equiparar a aquellas personas que en derecho se llaman menores y a las que por falta de madurez de juicio o por desconocimiento de los asuntos humanos, no se les suele conceder el ejercicio de sus derechos, sino al contrario, en este cuer-

po de la familia el corazón no ha de separarse de la cabeza, pues si el varón es la cabeza, la mujer es el corazón, y como aquél tiene el principio del gobierno, ésta puede y debe reclamar para sí, como cosa que la pertenece, el principio del amor".

Otra relación existe entre Cristo, cabeza de la Iglesia y el marido, cabeza de la mujer. Cristo es también, dice S. Pablo, *Salvador de su cuerpo*. Es decir, a la autoridad rectora que tiene sobre la Iglesia, añade el influjo y actividad salvífica y redentora, que sobre ella ejerce continuamente, comunicando a sus miembros la vida sobrenatural. De semejante manera el marido tiene el deber de mirar por el bien tanto espiritual, como material de su esposa.

De la imagen de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, pasa el Apóstol a la de esposa, para deducir nuevas enseñanzas sobre la familia cristiana. Cristo ha adornado a su esposa, la Iglesia, con gran magnificencia, santificándola y lavándola de todas sus manchas en el baño bautismal. Así purificada se presenta ante su esposo, Cristo, *toda resplandeciente sin mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino santa e inmaculada* (Ef 5, 27). Y aludiendo tácitamente a la formación de la mujer como se describe en el Génesis (2, 23-24), añade: *Así los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos. Amar a su mujer ¿no es amarse a sí mismo? Puen bien, ninguno odió jamás a su propia carne; al contrario la alimenta y la cuida. Es justamente lo que Cristo hace por la Iglesia. Miembros somos de su cuerpo* (Ef. 5, 28-30).

Resumiendo: la dignidad de la familia cristiana proviene de su parecido y sus analogías con la Iglesia, cuerpo místico de Cristo. En ésta

(Acaba en la pág 161)